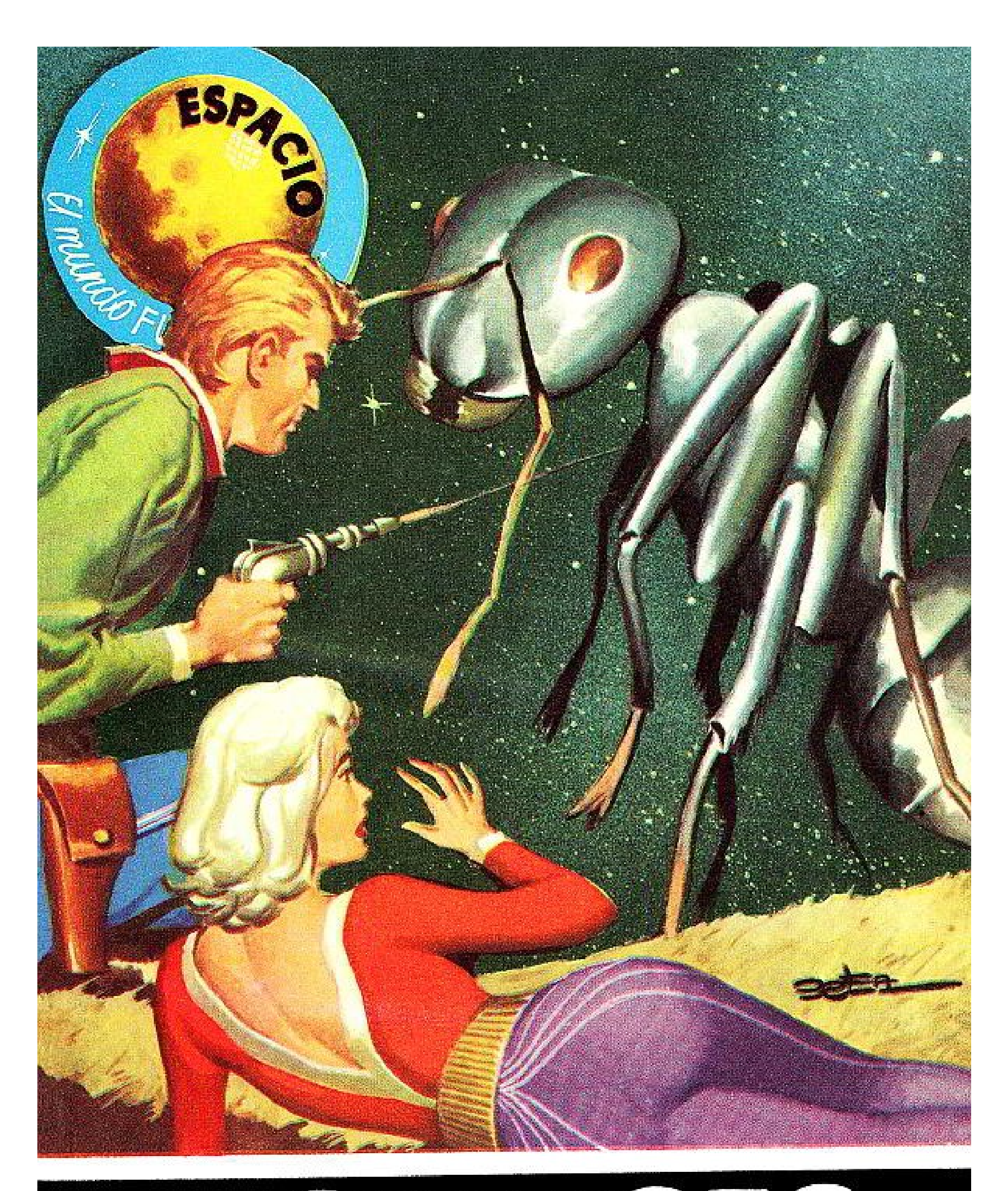
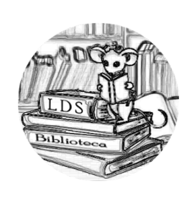


HORMIGAS GIGANTES

ROY SILVERTON

En la gran antesala del Palacio Presidencial, Geoffrey Dawes. —Geo para los amigos— esperaba, junto con los demás periodistas acreditados, para asistir a la conferencia de prensa convocada para aquella mañana.

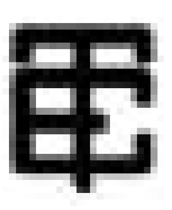
En conjunto había un centenar de periodistas, representantes todos ellos de los rotativos de la inmensa ciudad de Nueva York o de las grandes agencias informativas de la misma, que difundían las noticias por el mundo entero y por los planetas del Sistema, a través de grandes cadenas de periódicos o de las más importantes emisoras de televisión.



Roy Silverton

Hormigas gigantes

Bolsilibros - Espacio - El Mundo Futuro - 239



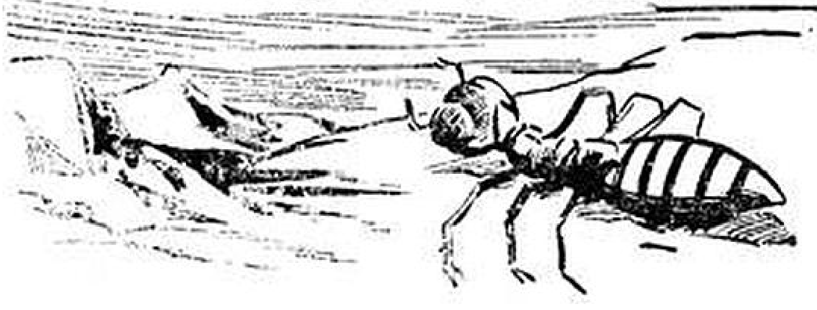
ePub r1.0

LDS 30.12.18

Título original: *Hormigas gigantes*
Roy Silverton, 1960
Cubierta: Manuel Brea
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



HORMIGAS GIGANTES



CAPÍTULO PRIMERO


n la gran antesala del Palacio Presidencial, Geoffrey Dawes. —Geo para los amigos— esperaba, junto con los demás periodistas acreditados, para asistir a la conferencia de prensa convocada para aquella mañana.

En conjunto había un centenar de periodistas, representantes todos ellos de los rotativos de la inmensa ciudad de Nueva York o de las grandes agencias informativas de la misma, que difundían las noticias por el mundo entero y por los planetas del Sistema, a través de grandes cadenas de periódicos o de las más importantes emisoras de televisión.

Estaban allí reunidos esperando la aparición del Presidente de la Federación Planetaria, que aquella misma mañana iba a emprender una jira oficial por todo el Sistema Solar. Jira que sería la última, pues su mandato finalizaría tres meses más tarde y, según la Constitución del Sistema, ningún Presidente podía ser reelegido por más de tres veces consecutivas. Y Cyrus Brunner estaba en las

postrimerías de su tercer mandato.

Geo miró a la hermosa muchacha de cabellera rubia que estaba de pie a su lado, esperando también la aparición del Presidente.

—El destino tiene extrañas ironías, Amy —comentó.

Ella le devolvió la mirada, acompañándola de una sonrisa. Sabía lo que Geo iba a decir a continuación, pero a pesar de todo formuló la pregunta:

—¿A qué te refieres, Geo?

—Imagínate. Abandoné la carrera científica para dedicarme al periodismo, pensando que tendría por delante una vida cuajada de aventuras en mundos remotos y fantásticos, y ya ves: Toda mi misión se reduce a venir por las mañanas al palacio presidencial para enterarme de si el honorable Cyrus Brunner ha dormido bien, si está resfriado u otras majaderías por el estilo.

La sonrisa de Amy se transformó en una franca carcajada.

—¿Y crees que de haber seguido la carrera científica hubieras vivido las grandes aventuras de tus sueños? —preguntó, luego.

Aquí está la ironía del destino a que hice referencia antes. Mientras yo me pudro aquí, en Nueva York, todos los días parten expediciones científicas hacia los planetas, ávidas de nuevos descubrimientos y en lucha constante con naturalezas exóticas y animales fabulosos muchos de los cuales nos son desconocidos aún.

Geo dejó escapar un suspiro. Luego, añadió:

—La culpa de todo la tiene tu tío, Amy.

—¿Y por qué mi tío? —La joven se puso repentinamente seria—. Sentiría que hablases mal de tío Archibald, Geo.

—No puedo hablar mal del que ha sido mi maestro e iniciador en la carrera científica, pequeña —contestó él—. Pero mantengo lo dicho. Tu tío fue el culpable, aunque inconscientemente, de que yo abandonase aquello. Todo lo que me ofrecía a su lado era una vida de encierro entre las paredes de un laboratorio, donde el aire parecía cometer un crimen al penetrar. Reconozco sus méritos y lo mucho que ha hecho por la ciencia, pero…

—Tío Archibald es un investigador, no un explorador, Geo.

—Ya lo sé, muchacha. Pero entonces era yo un chiquillo y no estaba en condiciones de distinguir una cosa de otra. El laboratorio me pareció una cárcel en la que tendría que cumplir cadena vitalicia, y me rebelé contra la idea. Me lancé a la calle, inicié mi

nueva carrera periodística… sólo para cumplir mi condena en las salas del palacio presidencial. En vez de las reacciones de las glándulas de los animales me entero de las indigestiones del honorable Cyrus Brunner. A eso se reduce la diferencia.

Amy iba a soltar otra carcajada, pero la interrumpió apenas iniciada porque en aquel momento alguien abrió la gran puerta del fondo y fue anunciada la aparición del Presidente.

Cyrus Brunner se presentó momentos después. Era un hombre de edad avanzada, pues acababa de cumplir los ochenta años, pero manteniendo a pesar de todo un aspecto de intensa vitalidad. Sus cabellos eran muy blancos, pero en su rostro apenas si se veían arrugas. Quien desconociera su edad le habría calculado, por su aspecto, quince o veinte años menos de los que tenía.

Todas las conversaciones habían cesado y la atención general estaba puesta en el Presidente. Éste miró al conjunto de los allí reunidos, con su habitual y amable sonrisa, mientras saludaba varias veces con inclinaciones de cabeza.

Luego habló, con voz suave pero firme al mismo tiempo:

—Gracias a todos por su asistencia, amigos míos. En realidad, al llamarles no he pretendido otra cosa más que despedirme de ustedes, antes de emprender mi viaje… en espera del día en que me despida definitivamente por abandonar mi cargo.

Volvió a sonreír con simpatía, y a continuación repuso:

—Mi viaje, desde luego, no tiene la menor trascendencia y les ruego que lo hagan constar así en sus periódicos. Mi mandato está finalizando, y es natural que me vaya a despedir no sólo de los colonos de los diversos planetas, que hasta ahora me han tenido por Presidente, sino también por las diversas autoridades que durante tantos años me han servido con plena fidelidad. Eso es todo, amigos míos. Sin embargo, si alguno de ustedes, desea preguntarme algo concreto, me tiene por completo a su disposición.

Hubo unos momentos de silencio, hasta que alguien, haciendo uso de la autorización, tomó la palabra.

—¿Puedo preguntarle, señor Presidente, si no sentirá nostalgia por un puesto que ha ocupado durante tantos años?

Cyrus Brunner sonrió de nuevo.

—Temo que esto no lo sabré con seguridad hasta que haya dejado de ser Presidente —dijo—. Sin embargo, mi creencia actual

es de que no. ¡Necesito descansar, señores! Treinta años seguidos al frente del puesto son muchos años. Demasiados. Muchos de ustedes no habían nacido aún cuando yo fui elegido Presidente por primera vez, y todos son ya hombres con un camino abierto en la vida. ¿No se dan cuenta? No se trata de que la Constitución prohíba ejercer más de tres veces seguidas la suprema magistratura de la Federación. Es que ya no puedo más, amigos míos. El Sistema Planetario necesita gente joven. Yo lo era relativamente, con mis cincuenta años recién cumplidos, cuando me pusieron al frente de todo. Pero han transcurrido ya treinta…

—¿Seguirá activo en la vida política? —preguntó otro.

—Ésa es mi intención. Dentro de un mes, cuando regrese de mi viaje, tomaré parte en la campaña electoral defendiendo, naturalmente, al candidato de mi partido. No tengo por qué ocultárselo. Se trata del actual Vicepresidente, Christian Loon. Un hombre joven, en el que la Federación puede confiar. Espero que sea elegido. Mi mayor ilusión sería, desde luego, que fuera él a sentarse en el sillón que voy a dejar vacío. Pasadas las elecciones y una vez hecho entrega de mi mando, mi intención es retirarme por completo a la vida privada. Me atrevo a decirles que considero tener ganado ese descanso.

Fueron formuladas todavía algunas preguntas y, cuando el repertorio se hubo agotado, el Presidente estrechó las manos de todos, invitándoles a acompañarle hasta el gran patio del palacio presidencial donde esperaba la astronave que había de llevarle a los distintos planetas y satélites del Sistema.

En el patio esperaban el Gobierno y diversas autoridades, y también numeroso público al que se había dado acceso al recinto. Varios millares de personas en total. Un destacamento militar rindió honores y la banda entonó el himno de la Federación Planetaria.

—Aburrido hasta no poder más —comentó Geo Dawes, cuando finalizó la música, mientras trataba de contener un bostezo.

—Te gustaría acompañar al Presidente en su viaje, ¿verdad? —le preguntó Amy, que seguía a su lado.

—¡Oh, no! Eso no. Sería multiplicar el aburrimiento por tantos planetas y satélites como hay en nuestro Sistema. En todas partes lo mismo; discursos, música y apretones de mano hasta quedar agarrotado. No, Amy; me gustaría viajar, desde luego, pero en otras

condiciones.

Cyrus Brunner, entretanto, estrechaba manos y más manos. Cuando terminó, se dirigió a la escalerilla, precedido por los elementos de su escolta, y ascendió hasta la compuerta de la aeronave, rechazando toda clase de ayuda. Al quedar enmarcado por la entrada del gran vehículo interplanetario, se volvió hacia los asistentes para saludar una vez más agitando la mano.

Luego desapareció hacia el interior, mientras sonaban numerosos aplausos y gritos de despedida. Momentos después, los poderosos motores entraban en acción, y la enorme nave, dando un gran salto hacia arriba, se fue elevando en línea vertical en espera de alcanzar la altura suficiente para abandonar la órbita de la Tierra.

La nave presidencial partía sola, sin escolta de ninguna clase. Iba, desde luego, poderosamente armada para hacer frente a cualquier posible sorpresa, pero en realidad era una medida innecesaria. La Federación no tenía enemigos. Las únicas naves que se le hubieran podido enfrentar eran las incontroladas, las de los fuera de la ley —piratas del espacio, contrabandistas—, pero la Policía Sideral se encargaría durante el trayecto de crear una barrera suficiente para impedir cualquier aproximación peligrosa.

—Bueno —comentó Geo, encogiéndose de hombros—; ya hemos sido testigos de la ceremonia. Ahora, a poner las notas en limpio para que mañana los lectores se aburran leyéndolas, más o menos como nos hemos aburrido nosotros presenciándolo todo.

Pero se equivocaba. Los lectores de los periódicos no se aburrirían al día siguiente al leer la información. Algo iba a darle interés. Un interés trágico, siniestro, pero interés en definitiva.

La nave seguía elevándose y la mayoría de las miradas estaban fijas en ella. Su tamaño disminuía por momentos, y no era ya más que una pequeña mancha en el cielo azul, que hubiera pasado desapercibida a quienes no hubiesen estado siguiendo su trayectoria.

Y fue entonces cuando brotó el grito de terror de todas las gargantas. En el punto exacto donde estaba la nave se vio de pronto brillar un relámpago, intensísimo, al fulgor del cual siguió una densa nube, negrísima, en forma de bola.

—¡La nave! ¡La nave ha estallado!

Todos se quedaron inmóviles, como hipnotizados, con los ojos fijos en aquella bola de humo que se iba agrandando por momentos como un inmenso balón que se fuese hinchando poco a poco. El lejanísimo trueno llegó al cabo de bastantes segundos.

—¡La nave presidencial se ha desintegrado!

No se podía hacer nada. No era posible prestar ninguna clase de ayuda. Pero la gente, después de los primeros momentos de inmovilidad, necesitó expansionarse, correr, hacer algo; y la fuerza pública tuvo que esforzarse hasta el máximo por mantener el orden y contener a aquella masa humana que gritaba, discutía, amenazaba y quería ir de un lado para otro, sin saber con qué fin ni con qué utilidad.

Las autoridades y los periodistas, más sensatos, permanecieron en sus sitios, aturdidos aún, pero manteniendo sólidamente la disciplina.

—No esperaba yo este final —dijo Geo, ahora sin ganas de bromear ni de burlarse.

—Tampoco yo —repuso Amy, muy pálida.

Alguien habló a través de los altavoces instalados en el patio, dominando el imponente barullo. Era el jefe de información del palacio presidencial, que acababa de llegar de la torre de comunicaciones del mismo.

—¡Se ruega ante todo al público que desaloje el patio lo más aprisa posible y de forma ordenada!

Contestaron muchas voces a la vez, protestando unas y acatando la orden otras, pero poco a poco la fuerza pública consiguió que el gran patio fuese completamente despejado por las personas que no pertenecían al elemento oficial.

Entonces, volvió a hablar el jefe de información:

—Señores, no es necesario que les comuniqué lo que por desgracia todos ustedes han visto. Todavía la gran nube atómica está en el cielo, ante los ojos de ustedes. Puedo añadir tan sólo que la nave presidencial no contesta a ninguna de las llamadas que estamos realizando por mero formulismo. Desgraciadamente, se trata de una explosión atómica y la nave se ha desintegrado, con todas las personas que viajaban en ella. Después de un acontecimiento tan luctuoso, la Federación Planetaria ha dejado de tener Presidente. Mejor dicho, tiene otro desde ahora: Christian

Loon, que pasa a desempeñar automáticamente la suprema magistratura por los tres meses que faltan para las elecciones.

Todos miraron al aludido, que había acudido con el Gobierno y autoridades a despedir a Cyrus Brunner, sin saber que aquel viaje había de ser definitivamente el último. El hasta entonces Vicepresidente de la Federación estaba muy pálido, y los que se hallaban cerca de él le oyeron murmurar:

—Espero que a nadie se le ocurra felicitarme, después de este triste acontecimiento.

El jefe de información continuó hablando:

—Se ha cursado aviso urgente a los servicios de socorro, para que partan a toda prisa. No se espera que se pueda hacer nada, pero es una medida que se ha de tomar. En lo demás, tendrá la palabra el Gobierno. Los señores representantes de la Prensa nos tienen a su disposición, como es natural, y serán mantenidos al corriente como de costumbre de todo cuanto se haga.

Era la despedida, y los periodistas lo comprendieron así. Mientras Christian Loon entraba en el palacio, al frente del Gobierno, los informadores empezaron a desfilar hacia la gran terraza donde estaban aparcados sus turbomóviles, para desde allí dirigirse cada cual a la redacción de su correspondiente periódico.

Geo pertenecía al «Monitor» y Amy al «Space News». Se despidieron con un apretón de manos, y momentos después sus aparatos volaban en direcciones opuestas por encima de las altas terrazas de la inmensa ciudad.

La noticia era ya de dominio público. Aparte de los que estaban en el patio del palacio, miles y miles de personas habían presenciado la explosión de la nave presidencial en pleno vuelo. No obstante, la prensa tenía que cumplir. Geo Dawes puso en limpio sus notas, dando toda la información que le fue posible, esperando ampliarla con lo que comunicaran desde el palacio presidencial durante el curso del día.

No fue a su casa para comer. Lo hizo en la cantina de la redacción, siempre con la vista fija en el visófono, esperando las llamadas con impaciencia.

Sin embargo, sólo pudo recibir la confirmación de lo acontecido, y unos escuetos comunicados oficiales en los que se decía que el Gobierno tomaría las medidas pertinentes contra los asesinos y que

la policía acabaría capturándolos tarde o temprano.

No era mucho, pero se tenía que reconocer que no se podía hacer demasiado más. La nave presidencial no había sido atacada en el espacio; alguien había conseguido introducir en ella una bomba atómica con espoleta retardada, para que estallase en pleno vuelo, pero no había tiempo material para que se hubiera podido averiguar quién era el autor de todo aquello.

Por la noche, la situación seguía siendo la misma. Geo decidió marcharse a descansar y, antes de hacerlo, pasó por el despacho del redactor-jefe del periódico para ponerse de acuerdo con él respecto al trabajo del día siguiente.

El jefe lo recibió con una sonrisa entre triste e indignada.

—¿Qué sucede? —preguntó Geo—. ¿Alguna novedad desagradable?

—Dicen que siempre llueve sobre mojado, y es una verdad como un templo —dijo el otro, sin contestar directamente a la pregunta.

—Pero…, ¿qué pasa ahora?

—Pasa que a veces nos quejamos por falta, de noticias hasta el punto de no saber cómo formar la primera página, y hoy que teníamos ya una de titulares del máximo tamaño nos cae otra que normalmente hubiera podido ir también delante, pero que ahora tendrá que ser relegada a una modesta columna del interior.

¡Nuestro oficio es así, muchacho!

—Bueno, ¿quiere dejarse de enigmas, jefe? —exclamó Geo, impaciente.

—No hay enigma de ninguna clase —el redactor jefe alargó un papel—. Véalo usted mismo, Dawes. El famoso científico Archibald Finch ha desaparecido de su domicilio. Su sobrina Amy —ya sabe, esa chica del «Space News»—, teme que se trate de un secuestro y ha denunciado el hecho a la Policía.

* * *

Geo dejó escapar una especie de gruñido. Luego, dijo:

—¿Archibald Finch? ¡Pero si yo he estado hablando con Amy por la mañana!

—Eso no tiene nada que ver, Dawes. El profesor ha faltado todo el día de su domicilio, no compareciendo a la hora de comer, cosa

completamente desacostumbrada en él. A la hora de la cena tampoco se ha presentado, y la sobrina ha decidido entonces denunciar el hecho. Es algo recentísimo, muchacho.

—Comprendo, jefe. Oiga, ¿quiere dejarme esta información para mí?

—¿Eh? ¿Para qué la quiere? Nadie la va a leer. Durante una semana por lo menos la gente sólo se interesará por la muerte del Presidente. Ya le he dicho antes que era una verdadera lástima.

—Eso no me importa a mí, jefe. Tengo motivos personales en el caso, porque Archibald Finch fue profesor mío cuando yo estudiaba biología. Le aprecio mucho…

El redactor jefe hizo un guiño, al tiempo que sonreía maliciosamente.

—También aprecia a la sobrina, ¿eh, Dawes? ¡Mucho cuidado! ¡Trabaja para un periódico rival!

Geo no pudo evitar que las mejillas se le tiñeran de color.

—Yo me he referido al profesor nada más —dijo, luego—. Y bromas aparte, jefe, debería dejarme hacer algo por él. Todo depende del modo como se enfocan las cosas. Si conseguimos que el público se interese por la situación de Finch, la policía se verá obligada a interesarse también y su búsqueda se activará.

—¡Hura! Es un mal momento, pero… ¿cree usted que de verdad es capaz de animar la cosa? Siempre se podrían vender algunas decenas de miles de ejemplares más…

Geo hizo una mueca de disgusto. Pero el redactor jefe siempre había sido así. Para él, la «noticia» era algo que se compraba y se vendía, como un género cualquiera, y sólo interesaba si había de dejar un buen margen de beneficio. Lo que significaba la noticia, el dolor, la pena de muchas personas que se encerraban en ella, era completamente secundario.

Esperó con impaciencia. Aunque pensó que, de todos modos, él se metería en aquello para ayudar a Archibald Finch y… ¿por qué no?, también a Amy que se habría quedado muy desamparada.

—Bien —dijo por fin el redactor-jefe—. Inténtelo, Dawes. Hinche el asunto todo lo que pueda. No deje títere con cabeza y procure que el público entre en la cosa a pesar de lo otro.

—Empezaré en seguida. Ante todo, iré a casa del profesor para hablar con su sobrina. No será, ni en mucho, la primera vez que la

prensa haya ayudado al esclarecimiento de un crimen.

—Pero no derive la conversación hacia cuestiones demasiado personales, Dawes, pues de ser así el reportaje tendría que ir en la sección de «Notas de Sociedad».

Geo no hizo caso de la broma de su jefe. Abandonó el despacho a toda prisa, y pocos minutos más tarde volaba ya por la ciudad conduciendo su turbomóvil, en dirección al domicilio de Amy Finch.

El profesor y su sobrina habitaban un pequeño edificio, sin terraza para aparcar, y Geo tuvo que dejar su vehículo en la calle, delante de la casa. Le recibió una vieja sirvienta, que se encargó de anunciar su visita a Amy. Momentos después, los dos jóvenes estaban sentados frente a frente en el saloncito de la casa.

El aspecto de Amy no era el mismo de la mañana, incluso después de haber presenciado la explosión de la nave del Presidente. Ahora, su desolación era enorme y tenía que luchar consigo misma para evitar que las lágrimas asomasen a sus ojos.

—Espero que comprendas que no he venido con fines meramente profesionales, Amy. No es el periodista ávido de noticias, sino el amigo deseoso de ayudar el que está aquí.

—Lo sé, Geo —contestó ella, con voz agradecida—. Y necesito la ayuda. ¡Me siento tan sola! Tío Archibald ha sido un padre para mí.

—Y para mí, un maestro y un amigo —repuso Geo—. ¿Te importa explicarme detalladamente cómo ha ocurrido todo?

Ella dejó escapar un suspiro antes de hablar.

—Yo no estaba en casa —dijo, a continuación—. Ya sabes que desde primera hora de la mañana me encontraba en el palacio presidencial. Pero Molly sí, y me ha contado lo poco que se puede saber, aunque en conjunto no constituye ninguna pista.

Molly era la vieja sirvienta. Geo la conocía ya de los tiempos que había sido alumno de Finch, y sabía que no era mujer que se dejase llevar por fantasías de imaginación.

—¿Qué ha dicho Molly? —preguntó.

—Aproximadamente a las diez de la mañana, casi en el momento en que estallaba desintegrada la nave del Presidente, tío Archibald recibió una llamada telefónica.

—¿Vio Molly el rostro del que llamaba?

—No, porque atendió directamente mi tío. Molly no tiene idea

de lo que hablaron, pues se hallaba en la cocina y, como es natural, la llamada no le causó la menor alarma. Sólo sabe que la conversación fue corta, pues a los pocos momentos tío Archibald colgó y se dispuso a salir.

—¿Y ya no ha vuelto?

—No, Geo. Esto es lo que ha hecho suponer que se trataba de un secuestro, Tío Archibald acudió a la cita, concertada con la persona con quien estuvo hablando, y ésta la obligó a quedarse en su compañía. La deducción no puede ser más fácil. Y la policía está de acuerdo conmigo.

Geo se quedó unos momentos pensativo después de las últimas palabras de Amy.

—¿Puede estar relacionado el secuestro con algo referente a su trabajo, Amy? —preguntó después.

Ella hizo un gesto escéptico.

—Me parece ilógico, Geo. Otra cosa sería si tío Archibald trabajase en la elaboración de planos de nuevas armas o naves, o incluso en fórmulas científicas relacionadas con la desintegración del átomo. Pero él no era más que un biólogo.

—¿En qué se ocupaba concretamente en la actualidad? —quiso saber Geo.

—Siempre estudiaba varias cosas al mismo tiempo. Ya conoces su temperamento inquieto. Si no me equivoco, estos días había dos cosas que absorbían simultáneamente su atención: la renovación de las células y los tejidos de los cuerpos y el estudio de las hormigas gigantes de Júpiter.

Geo hizo un gesto análogo al que había hecho antes la joven.

—En efecto —dijo—, no creo que la cosa de motivos para un secuestro. A menos que otro sabio estudiase lo mismo y temiese que tu tío se le adelantase en la publicación del trabajo…

Pero en su voz no había convicción. Era absurdo suponer que alguien había secuestrado a Archibald Finch sólo para impedir que publicase un estudio sobre las hormigas gigantes de Júpiter o sobre la vida de cualquier otro bicho raro de los muchos que se iban descubriendo a medida que se completaba la exploración de los planetas del Sistema Solar.

Se sintió descorazonado. El público, para interesarse por el secuestro, necesitaba algo que consiguiese apoderarse por completo

de su atención. Y sólo así la policía se sentiría aguijoneada y activaría un caso que, de lo contrario y debido a los graves acontecimientos producidos aquella mañana, podría quedar relegado a segundo término.

Geo se había propuesto conseguir que «toda» la policía se pusiera a trabajar en el caso, como ocurría en los crímenes sensacionales que conmovían a la gente. Pero para ello necesitaba presentar al profesor como víctima de una infame maquinación; algo más sólido que el supuesto interés de un colega en impedir que determinado estudio sobre las hormigas no se publicase a su debido tiempo.

Iba a decir algo, rompiendo el silencio que se había hecho entre los dos, cuando el timbre del teléfono empezó a sonar. Amy se levantó para atender, pero ya Geo había visto desde su asiento el rostro del redactor-jefe de su periódico en la pantalla visora.

—Sospecho que es para mí, Amy —dijo, levantándose a su vez—. El jefe sabía que he venido a tu casa.

Descolgó el aparato, mientras miraba el rostro descompuesto de su superior. Intuyó que algún otro grave acontecimiento acababa de producirse.

—¿Qué ocurre, jefe?

El otro se lo soltó sin ningún preámbulo.

—¡Christian Loon, el nuevo presidente de la Federación, ha muerto!

—¿Muerto? Pero si yo lo he visto esta mañana…

—Sí, Dawes; usted ha visto a todo el mundo esta mañana. Pero Loon ha muerto hace apenas media hora, al regresar a su domicilio, después de haberse pasado el día entero reunido con el Gobierno. Mañana se proponía hacer su traslado al palacio presidencial, pero no ha tenido tiempo.

—Pero… ¿cómo ha muerto, si se puede saber?

—Del modo más fantástico que pueda usted imaginar, Dawes. ¡Ha sido devorado por una hormiga gigante de Júpiter! ¡Una hormiga que nadie sabe cómo puede haber llegado a la Tierra!

CAPÍTULO II



awes no dio un salto en la silla, como se dice vulgarmente, porque estaba de pie. Pero dejó escapar una terrible exclamación de sorpresa.

—¿Cómo? ¿Cómo ha dicho, jefe? —preguntó luego.

—He hablado de una hormiga gigante. No poseo más que la noticia escueta, Dawes. A usted le corresponde aclarar la información, ya que es algo relacionado con el nuevo Presidente. Por desgracia, terriblemente relacionado. No pierda tiempo, Tendremos que dividir la primera página del número de mañana. Y el tiempo no sobra ya. Vamos a pasar una noche de perros. ¡Le espero lo antes posible, Dawes!

Geo estaba empezando ya a reaccionar.

—De acuerdo, jefe —dijo—. Acudo a toda prisa al palacio presidencial.

Y colgó el aparato. Se apagó la pantalla, desapareciendo el rostro del jefe de redacción. Entonces, Geo se volvió hacia Amy, que

le estaba mirando, intensamente pálida y con los ojos muy abiertos a causa del espanto.

—¿Has oído, Amy?

—Sí, todo. ¡Todo! Pero… no puedo creer…

Geo había recuperado ya su serenidad. Comprendió lo que quería decir la muchacha con su frase entrecortada.

—No puedes creer que lo de las hormigas gigantes tenga nada que ver con tu tío, ¿verdad? Sólo que es una tremenda coincidencia.

—Geo, no vas a pensar que tío Archibald ha soltado uno de esos monstruos…

—No, pequeña —la interrumpió él—. Únicamente hago constar lo curioso que resulta esto. Hace unos momentos hablábamos de que tu tío se dedicaba al estudio de esas hormigas. ¿No podría ser que hubiese mandado buscar una y que por algún terrible error se le hubiese escapado? Él no tendría de hecho responsabilidad directa…

—Me horroriza pensar que puede ser verdad —dijo Amy. Después, con voz suplicante, añadió—: Geo… ¿Vas a denunciar el hecho a la policía?

—He venido aquí para ayudar a tu tío, mi antiguo profesor, Amy. No a complicarle las cosas. En realidad, no sabemos qué ha pasado. No estamos seguros de que tenga que ver él nada con esa hormiga, pese a que se dedicara al estudio de la especie.

—Entonces…

—Mira, Amy; creo que lo mejor es que trabajemos juntos tú y yo. Por separado de la policía, y sin dar informes que puedan perjudicar innecesariamente a Archibald Finch. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —repitió ella, más animada.

—Bien. Ahora iremos al palacio presidencial para que nos faciliten información más detallada. A ti te interesa también, como corresponsal acreditada del «Space News». Si quieres, te llevaré en mi turbomóvil:

—Vamos —contestó Amy Finch, disponiéndose ya a salir.

Al cabo de pocos minutos estaban en la antesala del despacho de información, en el palacio presidencial. Era plena noche, pero allí había la misma animación que por la mañana, cuando los informadores habían acudido para despedir —sin saber que era definitivamente— a Cyrus Brunner. Los turbomóviles se alineaban

en la terraza de aparcamento, bajo el control de varios guardianes, que exigían rigurosamente la documentación de todos los que iban llegando, bajo la luz de potentes reflectores atómicos que daban al lugar una claridad como si fuese pleno día.

El jefe de información de la Presidencia no salió hasta que estuvo completo el número de corresponsales acreditados. Su rostro reflejaba pena, intensa preocupación y un poco de miedo.

—Les supongo enterados de lo esencial, señores, porque be mandado notas a los diversos periódicos y agencias informativas. Christian Loon, el nuevo Presidente, ha muerto. De un modo mucho más terrible aún que nuestro llorado Cyrus Brunner. Alguien tiene que haber introducido la monstruosa hormiga en su despacho, ya que cuesta admitir que el enorme insecto se haya metido allí por iniciativa propia.

Todos escuchaban en silencio, aterrados por lo que estaban oyendo.

—Hemos de suponer que se trata de un crimen premeditado. ¿Un loco? ¿Alguien con propósitos siniestros pero definidos? Es muy pronto aún para contestar a esto. Confiamos que nuestra magnífica policía lo aclarará todo y muy pronto.

Hubo otro breve intervalo de silencio, que alguien cortó, preguntando:

—¿Y… la hormiga? ¿Ha sido reducida?

—Muerta a balazos por la policía —explicó el jefe de información—. Ha sido algo horripilante; una especie de lucha contra reloj. Los familiares de Christian Loon trataron de acudir en su ayuda al oír sus gritos de angustia. Pero se han encontrado con el horripilante espectáculo del nuevo Presidente muerto ya en el despacho, a medio devorar, con el terrible monstruo que estaba acabando con él. La hormiga se ha lanzado inmediatamente en su persecución. El hijo mayor del señor Loon no ha podido hacer otra cosa más que coger a su madre desmayada, y mientras los criados ayudaban a los hermanos menores, se han podido encerrar todos en la biblioteca antes que el monstruo les diera alcance. Por desgracia, en la biblioteca no había armas y nadie las había cogido al oír los gritos de angustia del Presidente. Sólo había un visófono que ha sido utilizado a toda velocidad. La fuerza pública ha llegado cuando las demoledoras mandíbulas de la fiera estaban acabando de abrir

un boquete en la puerta. Unos segundos más de retraso y la carnicería se hubiese iniciado en el interior de la biblioteca. La policía ha usado sus pistolas de balas perforadoras contra el monstruo, para evitar su volatilización. Eso es todo, señores. No tenemos la menor idea de cómo una hormiga de Júpiter puede haber sido traída a la Tierra, aunque desde luego, alguien lo ha hecho.

Geo y Amy se miraron. Ellos hubieran podido exponer una teoría sobre el particular, pero hubiera resultado demasiado comprometedora para Archibald Finch. La mirada fue para renovar su pacto de silencio, ahora más necesario que nunca.

—De acuerdo con la Constitución —repuso el jefe de información—, la Presidencia pasa al Secretario de Estado, que desempeñará el cargo hasta que se haga público el resultado de las próximas elecciones. La Federación Planetaria no se queda sin Presidente pese a las desgracias que se han abatido sobre nosotros en el curso de estas últimas veinticuatro horas. Va a comenzar el mandato de Reginald Sinclair…

El jefe de información se interrumpió para mirar a un hombre que salía a toda prisa de la cabina de comunicaciones.

—¡Señor! ¡Señor! —gritó el hombre, con voz terriblemente alarmada.

—¿Qué ocurre, Starkie?

Todos miraban al recién aparecido. Se presentía que la tragedia no había terminado aún; que otra parte de la misma se estaba desarrollando en aquellos momentos.

—¡Comunicado urgente de la Jefatura de Policía local! —repuso Starkie—. ¡El Secretario de Estado, Reginald Sinclair, ha muerto!

—¿Qué…?

—¡Una hormiga gigante ha penetrado en su dormitorio y ha devorado en pocos momentos a él y a su esposa!

—¡Cielos!

—¡El mayordomo de la casa parece que ha tratado de hacer frente al monstruo, con una pistola, mientras ordenaba a un criado robot que pidiese ayuda!

¡Ha conseguido herir a la fiera, pero ha sido dominado a pesar de todo y devorado también! ¡No ha habido más víctimas porque el resto del servicio se componía exclusivamente de robots!

—¿Y la hormiga…?

—Muerta por fin a balazos por la policía, como en el caso de Christian Loon.

Todos los asistentes se sintieron aplastados, como si una montaña les hubiese caído encima. En otras circunstancias, ante una noticia sensacional, hubiesen volado hacia las cabinas visotelefónicas puestas a su servicio, para establecer rápido contacto con sus redacciones y centros informativos. Pero ahora no parecían tener ánimos para nada. Seguían allí, inmóviles, esperando quizá alguna otra terrible noticia que complementase a las anteriores. El presentimiento general era de que el drama no había hecho más que empezar.

El jefe de información habló, con voz vacilante:

—Señores, parece que se persigue el propósito de destruir al Gobierno de la Federación. Esta mañana el Presidente, y ahora, con un intervalo muy breve, el Vicepresidente y el Secretario de Estado, sus sucesores naturales. No sé qué pensar. No les puedo anticipar ya nada. Supongo que ante la gravedad de los acontecimientos, el Tribunal Supremo de la Federación se hará cargo del mando. Pero como comprenderán, esto no depende de mí sino de los restantes miembros del Gobierno, a los que voy a avisar inmediatamente. Pediré también ayuda a la policía, y si es necesario al Ejército, para que se proteja a los Ministros. Esto es todo de momento, señores.

Los informadores iniciaron el desfile. Era ya más de medianoche y convenía darse prisa, pues las rotativas esperaban. Se había superado ya el momento de estupor ocasionado por la cadena de fatídicas noticias, y todos se apresuraron a ir en busca de sus respectivos turbomóviles para llegar cuanto antes a sus periódicos.

—¿Quieres que te deje en el «Space News», Amy? —preguntó Geo, cuando estuvieron los dos en la terraza, a punto de acomodarse en el vehículo.

—No tengo ánimos para trabajar —contestó la muchacha—. Llamaré a la redacción desde casa, comunicándolo todo, pero pediré que encarguen a otro de pasar a limpio la información. Estoy agobiada, Geo…

—Me hago cargo, pequeña. Te dejare en tu casa aunque me retrase un poco y Murphy se ponga tan furioso como una de esas hormigas gigantes.

Murphy era el redactor-jefe del «Monitor». El hombre para quien la noticia significaba exclusivamente un posible aumento de tirada.

Geo puso en marcha el motor del turbomóvil, y pocos minutos más tarde aterrizaba frente a la casa de Amy.

—Gracias, Geo —dijo ella, saliendo al exterior—. Ya puedes marcharte.

Pero Geo salió a su vez del vehículo.

—No puedo dejarte así, pequeña. Estás muy trastornada. Te dejaré en manos de Molly para que te prepare un poco de café.

—Molly estará ya durmiendo. No la quiero molestar. La pobre está también con los nervios destrozados.

—Entonces, yo mismo te prepararé el café mientras tú hablas con el «Space News».

Amy no se opuso, y entraron los dos en la casa. La joven encendió la luz del vestíbulo, y luego la del saloncito donde estaba el visófono. Iba a marcar ya la comunicación, cuando se detuvo de improviso, mirando a Geo con alarma.

—¿No… no oyes? —preguntó.

—Me parece que sí. En el laboratorio de tu tío. Un rumor suave, como si alguien estuviera registrando…

Las miradas de los dos convergieron ahora en la puerta del laboratorio, que estaba cerrada, al fondo de un corto pasillo que partía del saloncito.

—Ahí hay alguien, Geo.

—¿No será Molly?

—No; Molly debe de estar acostada, como te he dicho antes. Además, ella no registraría en el laboratorio de tío Archibald.

—No tardaremos en salir de dudas —dijo Geo, empezando a avanzar hacia el pasillo.

—¡Cuidado, Geo! —advirtió la joven, sin alzar demasiado la voz —. Podría ser…

Lo que podía ser se supo casi inmediatamente, porque la puerta del laboratorio se abrió de pronto y en el umbral apareció un hombre que empuñaba una pistola atómica.

Geo había tenido el tiempo justo de precipitarse para quedar oculto en el pequeño ángulo que se formaba entre el marco de la puerta y el extremo del pasillo. El hombre no le vio de momento, pues toda su atención quedó centrada en Amy, que se destacaba a la

luz del saloncito, a la entrada del pasillo, mientras que éste estaba en parte en penumbra.

—Supongo que es usted Amy Finch —empezó a decir—. Lo siento, porque…

Se interrumpió, pues por el rabillo del ojo acababa de ver a Geo, pegado junto a la puerta. Quiso volverse hacia él, con toda rapidez, pero llegó ya demasiado tarde. Geo se le había anticipado, alargando la mano y agarrándole la muñeca armada.

—¡Tú eres el que lo va a sentir, granuja! ¡Suelta esto!

El desconocido soltó un grito de dolor al sentirse la muñeca brutalmente retorcida. Quiso emplear su otro brazo, para golpear a Geo, pero al mismo tiempo se vio obligado a soltar la pistola automática, que cayó al suelo a sus pies.

Geo apartó la cabeza y el puñetazo del desconocido sólo le rozó una oreja. Y entonces, replicó de modo fulminante. No hacía falta ya que su diestra atenazara la muñeca del otro. Se la soltó, y cuando el desconocido se disponía a pegar su segundo golpe recibió un directo al mentón que le hizo penetrar en el laboratorio con violencia, yendo, a caer de espaldas sobre una mesa llena de frascos y cubetas.

Hombre, mesa y vidrios rodaron por el suelo con el consiguiente estruendo. Geo fue a precipitarse al interior, para acabar de atontar al desconocido con un nuevo golpe, pero se quedó inmóvil en el umbral, con los ojos inmensamente abiertos, mientras la sangre se retiraba a toda prisa de su rostro.

Acababa de aparecer un nuevo enemigo.

Un enemigo con tres pares de patas y uno de antenas, con unos ojos relucientes que parecían mirar en todas direcciones a la vez, y cuyo cuerpo, completamente negro, parecía una extraña coraza de acero pavonado. Las poderosas mandíbulas se movían ya, como si saboreasen de antemano la presa que iban a devorar.

¡Una hormiga gigante! ¡Una de aquellas extrañas fieras, procedentes de Júpiter, que no se sabía quién ni por qué habían sido llevadas a la Tierra!

El feroz animal se enderezó sobre sus patas traseras, y Geo pudo comprobar con horror que medía más de dos metros.

Amy estaba aterrorizada.

Oyó el grito de pánico lanzado por Amy, a sus espaldas,

mientras el insecto carnívoro se abalanzaba sobre él. Todo ocurrió en fracciones de segundo. Obraron los reflejos más que las ideas. Geo se agachó, para librarse del mortal abrazo de la fiera, pero sólo lo consiguió en parte. Pudo evitar el caer entre sus patas delanteras, pero fue cogido estrechamente por las centrales mientras la hormiga se sostenía solo con las posteriores.

Geo se vio alzado del suelo, hacia la cabeza del carnívoro animal, y vio cómo las enormes mandíbulas se acercaban a su cabeza. Pero en su rápido movimiento, al agacharse, se había podido apoderar de la pistola soltada por el desconocido. El abrazo de la hormiga le dejaba libre el brazo derecho, y Geo lo empleó con toda la fuerza de que fue capaz, antes que resultase demasiado tarde.

El culatazo del arma se abatió contra la boca del monstruo. Se rompió algo, que Geo supuso serian dientes, y el abrazo se aflojó por unos momentos. El periodista lo aprovechó para escapar de entre las patas de la fiera, y dio un paso atrás mientras levantaba por segunda vez la pistola.

Pero ahora no lo hizo para golpear, sino para oprimir el gatillo. Lo hizo cuando la hormiga, repuesta ya, iba a abalanzarse de nuevo sobre él. De la boca del arma brotó una llamarada, que fue a chocar contra el tórax del animal, el cual quedó completamente envuelto en una nube de humo blanquecino. Luego, cuando ésta se disipó, el joven pudo comprobar que la visión de pesadilla había desaparecido también. La enorme hormiga acababa de desintegrarse al recibir la descarga atómica.

Geo no se entretuvo a pensar, y penetró en el laboratorio como una exhalación, con el arma empuñada. Pero no encontró a nadie dentro. El hombre que había recibido el puñetazo, desarmado y, sintiéndose incapaz de volver a la lucha con fortuna, acababa de escapar por la única ventana de la habitación, que había quedado abierta.

El joven se precipitó hacia ella, y de un salto se plantó en la calle. El laboratorio estaba en la planta baja de la casa, de modo que no se necesitaba gran esfuerzo para salir al exterior a través de la ventana. Vio a un hombre, mejor dicho una sombra, pues la ventana daba a un callejón lateral con poca luz, que corría hacia un turbomóvil aparcado a unos veinte metros de allí.

Hubiera podido dispararle, pero no quiso desintegrar a un hombre que huía, por muy criminal que fuese. Echó a correr tras él, aunque convencido de que no le alcanzaría ya. En efecto, el desconocido penetro en el turbomóvil cuando Geo no había recorrido mas que la mitad del camino.

Oyó como el desconocido gritaba:

—¡A toda prisa! ¡Hemos fracasado! ¡Hay que regresar a la Base!

El motor del vehículo se puso en marcha. Geo hubiera podido disparar también ahora, pero se abstuvo de hacerlo por las mismas razones que antes. Pudo ver la matrícula del turbomóvil al tiempo que éste empezaba a ganar altura.

—Matrícula de Marte, Base Tres —murmuró—. ¿Será ésta la «Base» a que ha hecho referencia ese bandido?

Se quedó parado unos momentos, reflexionando. Desde luego, un turbomóvil no podía realizar el viaje de la Tierra a cualquiera de los demás planetas. Pero nada tenía de extraño que hubiese sido transportado en una astronave, que los bandidos podían tener oculta en cualquier punto lejos de Nueva York.

Las hormigas, desde luego, tenían que ser sacadas de los grandes bosques de Júpiter. Pero esto no impedía que la banda que las utilizaba actuase desde otro planeta, pudiendo así disimular mucho mejor sus criminales actividades.

Salió de su abstracción al oír el ruido que hacía alguien al acercarse a él, por la espalda. Se volvió rápido, con la pistola preparada, pero al mismo tiempo oyó una voz conocida, que decía:

—¡Dios mío! ¡Qué miedo he pasado, Geo! ¡Pensé que no ibas a salir con vida! ¡Durante unos momentos te he visto triturada por las terribles mandíbulas del monstruo!

Él sonrió, al tiempo que bajaba el arma.

—Todo ha pasado ya, Amy. En estos momentos, la hormiga ya no es más que un sueño.

—¡Una terrible pesadilla! Pero ¿cómo han podido introducir la hormiga en la casa? Y si estaba en el laboratorio con aquel individuo, ¿cómo es que no le ha atacado a él?

—Esto es lo que no me explico, pequeña. Desde luego, podemos estar seguros de que han llevado el gigantesco insecto en el turbomóvil. Quizá su intención era dejarlo en la casa para que devorase a la primera persona que entrase en el laboratorio. La

finalidad sería ocasionar otra víctima, aumentando así la alarma existente. ¡Pero sigo sin explicarme por qué no ha atacado a esos dos hombres! A menos que las tengan amaestradas…

—Es inconcebible, Geo. Son unos animales demasiado feroces para dejarse amaestrar, por lo menos con la rapidez con que han necesitado hacerlo esos individuos.

—Lo mismo pienso yo. Creo que nos hallamos ante un problema sin solución momentánea. Pensemos en otras cosas. ¿Qué iría a buscar ese tipo en el laboratorio de tu tío?

—Te contesto lo mismo que en el caso de las hormigas. No lo sé. Me es imposible adivinarlo.

—Total, que estamos como al principio, sólo que con una hormiga menos. Pero esto significa muy poco, ya que en Júpiter debe de haberlas a millones.

Ella le miró, desconsolada.

—¿Qué podemos hacer, Geo? —preguntó.

—No lo sé, pequeña. Ésa es la verdad. Lo único que he podido aclarar hasta ahora es que el turbomóvil con que han venido aquí está matriculado en la Base Tres de Marte.

—Pero las hormigas están en Júpiter…

—Seguimos pensando igual, pequeña. O sea, que ni tú ni yo aclaramos nada. Sin embargo, como has dicho antes, necesitamos hacer algo. Hemos de movernos. Hemos de aparentar que sabemos más, mucho más, y quizá de este modo ellos hagan algo también que acabe descubriéndolos.

Habían regresado a la casa y entraron por la puerta principal. Molly no se había despertado. La breve aunque feroz lucha no lo había conseguido, pese al ruido de los vidrios al romperse; la pistola atómica no producía detonación al ser disparada.

—¿Tienes alguna idea? —preguntó Amy.

—Sólo lo que te be dicho ya. Ponernos en movimiento, realizando una falsa maniobra, para que ellos nos lleven a la verdadera. Mi idea es partir hacia la Base Tres de Marte y fingir que estamos enterados del escondrijo de la banda. Sé que Murphy me prestará una de las aeronaves del periódico. Mañana me pondré en camino.

—¿Te pondrás? ¿Acaso no cuentas conmigo?

—Voy a enredarme en una aventura peligrosa, Amy. Obro

además un poco a margen de la ley, al no dar cuenta a la policía de todo lo que sé.

—Ya estábamos de acuerdo sobre este punto. Guardar silencio para proteger a tío Archibald, aunque no creo que tenga necesidad de protección alguna contra la ley.

—Tampoco yo, pero necesitamos demostrarlo. De modo que mañana partiré y…

—Partiremos los dos, o, renuncio a tu ayuda, Geo. Estoy decidida a tomar parte directa en el rescate de tío Archibald. Y puedo serte de ayuda; no me creas tan inútil.

Geo reflexionó unos momentos. Luego dijo:

—Está bien. Si te empeñas en servir de almuerzo a una de esas hormigas, tienes derecho a que se respete tu capricho sobre la forma de morir. Partiremos los dos.

Se despidieron hasta el día siguiente, y Geo emprendió el camino de la redacción de su periódico, tripulando su turbomóvil. Murphy gruñía desesperadamente, pero se calmó al leer el magnífico artículo que escribió el muchacho, ya de madrugada, explicando con todo detalle las muertes del vicepresidente y del secretario de Estado y, sobre todo, haciendo una magnífica descripción de las hormigas gigantes y de su forma de atacar, como no haría ninguno de los periodistas que habían asistido a la última conferencia de prensa en el palacio presidencial.

—¡Excelente, muchacho! —exclamó el jefe de redacción—. ¡Cualquiera diría que te has encontrado frente a una de esas hormigas! Tienes una imaginación maravillosa. Desde luego, el público lo «tragará».

—¿Y si le dijera que he luchado con una de las hormigas, jefe?

—¿Qué…?

—Es la verdad, jefe. En casa de Amy Finch, a la que he acompañado al salir del palacio presidencial.

—¿Y no lo dices en el artículo? ¡Tú estás loco, muchacho! ¡Esto aumentaría la venta al ciento por ciento! «¡Nuestro redactor luchando a brazo partido con uno de los monstruos!». ¡Sería un espléndido titular para la sección de noticias de última hora! ¡Hoy todo el periódico ha de ir lleno de titulares!

—A pesar de todo, lo be callado, jefe. Espero poder escribir un verdadero serial. Algo como usted no podría imaginarse nunca.

—¿Qué es ello? —preguntó Murphy, interesado.

—El rescate del profesor Finch. La relación que tiene él con esas hormigas gigantes. ¡Sé que Finch estaba trabajando en un estudio sobre esos monstruosos insectos!

—¿Eh…?

—Sí, jefe. Y me he hecho con una pista —mintió Geo—. Cuando todo esté aclarado, el «Monitor» tendrá la exclusiva de su publicación. ¡Será algo absolutamente nuestro!

—¡Magnífico! Supongo que no habrá dicho una palabra a la policía, Dawes. ¿Qué piensa hacer?

—Ponerme en acción inmediatamente. Necesito un poco de ayuda, claro. Una nave.

—El periódico dispone de varias. Elija la que le convenga más.

—Gracias, jefe. Lo esperaba de usted. Cuando sea de día me pondré en camino.

—¿Sólo?

—Amy Finch me acompañará.

—¡Eh! ¡Que esa chica pertenece al «Space News»! ¡No le vaya a birlar el reportaje!

Geo sonrió.

—No es fácil, jefe. No soy de los que se dejan quitar nada. Ya me conoce usted.

Y abandonó el despacho satisfecho. Había conseguido lo que deseaba.

Al día siguiente, después de unas pocas horas de descanso, él y Amy tripulaban la aeronave y emprendían la ruta de Marte. Era un tiro al azar, pero confiaban en que diese resultado. Sus enemigos habían sufrido una derrota en sus manos; les sabían alertas y procurarían eliminarlos.

La nave abandonó la órbita de la Tierra y se perdió en el espacio, llevando siempre una dirección fija. Puesta la máxima velocidad, el viaje hasta Marte duraría muy pocas horas. Naturalmente, no hacían solos el camino. Se cruzaron con otras naves que se dirigían a la Tierra y adelantaron algunas que seguían su misma dirección. Pero no tardaron en fijarse en una que parecía dispuesta a no perderles de vista, manteniendo una distancia fija detrás suyo.

—¿Te has dado cuenta, Amy? Si disminuimos la marcha, ellos

nos imitan también; si aceleramos, hacen otro tanto.

—¿Temes que nos ataquen?

—No creo que se atrevan a tanto. Estamos en una ruta muy frecuentada y en cualquier momento puede aparecer una nave de la Policía Sideral.

—Entonces, teniendo en cuenta de que no nos vamos a mover de la ruta…

—A pesar de todo, esa nave me intriga. Supongo que será lo que se han propuesto sus tripulantes. Voy a llamarles.

Geo pulsó los mandos de la televisión, efectuando la llamada. La repitió varias veces, pero siempre con resultado negativo.

—¿Te das cuenta? —dijo el joven, insistiendo.

—Sí, pero… ¡Mira! ¡Ahora se iluminaría pantalla!

Ambos prestaron atención. Y de pronto Amy dejó escapar un grito de horror.

—¡Mira! ¡Mira, Geo!

Geo no necesitaba la invitación de la muchacha porque sus ojos no se habían apartado de la pantalla. ¡Y en ella acababa de aparecer la monstruosa cabezota de una hormiga gigante!

CAPÍTULO III



asado el primer momento de estupor, Geo manifestó:

—Algo de eso me esperaba, Amy.

—Pero… ¿tú crees que esas hormigas son capaces de tripular una nave?

—No. Ni la tripulan. En la cabina de mandos hay hombres, no lo dudes. Han puesto la hormiga delante de la pantalla para que no dudemos de quiénes son, eso es todo.

—Entonces hemos de admitir que ejercen un poder sobre esos horribles bichos. —Yo no sé lo que hemos de admitir. Amy. Lo único que te digo es que de una forma u otra estamos sobre la pista, que es precisamente lo que nos habíamos propuesto. El tanteo ha dado resultado.

La imagen desapareció, dejando la pantalla apagada.

—Han cortado —dijo Geo—. Ahora ya saben que les hemos visto. Podríamos, naturalmente, llamar a la Policía Sideral, pero

suponen que no lo vamos a hacer. Saben ya que no hemos denunciado su intervención de ayer en tu casa, porque ni la prensa ni la televisión han hablado de ello.

Los dos jóvenes seguían ahora con la vista todos los movimientos de la nave.

—Acelera —dijo Amy—. ¿Tratará de atacarnos?

—No. Creo que nos quiere pasar para que la vayamos siguiendo. Es la trampa que nos han tendido.

—¿Una trampa?

—Sí, Amy. Esa gente tiene varios motivos para suponer que no denunciaremos lo que hemos descubierto de su actuación. Saben que si lo hiciéramos tu tío se vería seriamente comprometido, ya que se haría público su famoso estudio sobre las hormigas gigantes. Por eso se limitan a atraernos a una trampa para destruirnos en ella.

—¿Y nosotros nos vamos a meter?

—Podemos elegir entre hacerlo o abandonar la única pista que poseemos. ¿Qué te conviene más, Amy? ¿Quieres que ponga proa a la Tierra?

—¡No! ¡No! ¡Sigamos a pesar de todo! ¡Nuestra causa es justa y ha de triunfar al final!

—Por lo menos, lo intentaremos. ¡Adelante, pues!

La otra nave se había adelantado ya, pero siguiendo siempre la misma dirección inicial hacia Marte. Geo no tuvo que hacer otra cosa más que seguirla a distancia, invirtiendo los papeles de la fase anterior del viaje.

Marte se fue agrandando pronto en la pantalla de radar. Se acercaban al planeta, y allí Geo estaba seguro de descubrir algo referente a aquellos criminales que empleaban las hormigas monstruosas como agentes de sus delitos.

Entraron en la órbita del planeta rojo, y una vez en ella la nave de las hormigas tomó una dirección determinada, que fue seguida por Geo al tiempo que consultaba un gran mapa de Marte.

—Nos dirigimos a la Base Uno, o sea a la capital del planeta —dijo.

—¿Se atreverán a desembarcar las hormigas allí? ¿Prepararán un ataque contra la ciudad?

—Lo dudo, Amy. No creo que en la nave puedan viajar más de cincuenta hormigas. Con ellas es posible crear una situación de

pánico momentánea y hasta dar muerte a muchas personas desprevenidas. Pero en definitiva la policía de la capital no tardaría demasiado en acabar con los insectos.

—Pero si las ocultan en las casas, como hicieron en Nueva York…

—Veremos, Amy. Mira, ahora estamos volando sobre uno de los desiertos y parece que se proponen aterrizar. Faltan aún veinticinco kilómetros para llegar a la capital.

Atento a los mandos y las pantallas, Geo fue siguiendo los movimientos que realizaba la otra nave, la cual tomó tierra, en efecto, sobre el arenoso desierto, pero en un lugar donde se alzaba una cadena montañosa, carente por completo de vegetación.

La nave se situó al borde mismo de las rocas que se alzaban en algunos puntos en vertical, formando fantásticos acantilados.

—Nosotros nos situaremos más hacia el interior del desierto —dijo Geo—. Conviene establecer alguna distancia.

—¿Y si bombardeásemos? —sugirió Amy.

—Podríamos intentarlo, pero si volatilizamos la nave perderemos la única pista que nos ha sido posible conseguir.

—Tienes razón, Geo. Obra como creas más conveniente.

El joven hizo evolucionar la nave, que se posó sobre la misma arena, a un centenar de metros de donde se iniciaban los acantilados.

—Hay que seguirles el juego —dijo Geo—. Colócate el casco de vacío, Amy. Vamos a salir.

—Supongo que bien armados los dos, ¿verdad?

—Una pistola atómica y otra de balas perforadoras. No necesitamos más.

Cuando estuvieron los dos en el exterior la compuerta de la otra, nave estaba abierta. Y de pronto empezaron a salir hormigas por ella. Geo contó hasta seis. Los insectos, pese a su tamaño, no necesitaron escalera para llegar hasta el suelo. Sus patas se aferraron a los costados de la nave, y momentos después corrían por la arena en dirección a los dos jóvenes.

—¡Vienen hacia nosotros, Geo!

—No podíamos esperar otra cosa. Prepara la pistola atómica. No te lo pienses demasiado y empieza a disparar.

Geo predicó con el ejemplo. De su arma empezaron a brotar

rayos de muerte y las monstruosas hormigas se volatilizaron al ser alcanzadas por ellos. Amy no tuvo necesidad de emplear la suya, pese a las palabras de su compañero. Antes que los insectos hubieran tenido tiempo de recorrer la mitad del camino que separaban las dos naves la pistola atómica de Geo había puesto fin a la existencia de todos.

—Esperemos a ver si salen más —dijo Amy, animada por el éxito.

—Lo dudo. Esa gente se ha propuesto otra cosa. Han sacrificado las seis hormigas, convencidos de que las llevaban a la muerte.

—No comprendo entonces por qué lo han hecho.

—Tampoco yo, pero desde aquí no vamos a aclarar nada. Nos acercaremos a su nave, Amy. Yo trataré de penetrar en su interior.

—¿Tú solo?

—Amy, va a ser algo peligroso…

—No empecemos de nuevo la discusión. Vamos los dos o no va nadie.

—Como quieras. Pero por lo menos, yo seré el primero en entrar.

Sin embargo, no entró ninguno de los dos. Pudieron recorrer los cien metros que les separaban del pie de las rocas. Llegaron al lado mismo de la nave, pero de pronto, inesperadamente, los motores de ésta entraron en acción y, dando un saltó brusco, se elevó a toda velocidad.

—¿Esto era lo que se proponían? —preguntó Geo, con voz decepcionada—. ¿Hacernos llegar hasta el pie de su nave para cerrarnos la puerta ante las narices? Lo encuentro bastante infantil.

Le contestó un grito de horror de Amy.

—¡Dios mío! ¡No, Geo! ¡No era esto lo que se proponían! ¡Mira! ¡Mira hacia las rocas!

Entonces supo Geo cuál era la trampa que les habían preparado. ¡Las rocas cercanas estaban llenas de gigantescas formas negras que se movían a toda prisa hacia ellos! ¡Centenares, millares quizá, de enormes hormigas, brotando de todas partes, se disponían a darles alcance y lo iban a conseguir! Eran muy poca presa ellos dos para aquella monstruosa masa hambrienta, pero esto no significada nada. Al contrario, para las hormigas sería un estímulo más para apresurar su carrera, para llegar antes y hacerse a toda prisa con

aquella carne necesaria a su voracidad.

Geo y Amy no tendrían tiempo de llegar a su nave para refugiarse en ella, porque los insectos gigantes eran mucho más veloces. Los dos jóvenes habían querido seguir el juego de sus enemigos, como único medio de conservar una pista que de lo contrario se les volvería a esfumar, pero ahora la trampa se había cerrado en torno a ellos y no había manera de salir.

—¡Nunca debiste haber venido conmigo! —reprochó Geo a la muchacha—. ¡Ahora…! ¡Pero no perdamos tiempo! ¡Hay que correr con todas nuestras fuerzas, Amy!

Ella no tuvo ánimo para contestar. Se limitó a seguir en la carrera que había emprendido, alejándose de las rocas. Las hormigas estaban aún en ellas; pero cuando los primeros grupos empezasen a correr por la llana masa de arena la perdición de los dos jóvenes quedaría definitivamente asegurada.

—¡Tú puedes correr más que yo! —Encontró fuerzas para decir Amy—. ¡Aprovéchate! ¡Llega hasta la nave!

—¿Estás loca, chiquilla? —gritó Geo, indignado—. ¿Me crees capaz de semejante barbaridad?

Se detuvo y Amy le imitó. Estaban a unos treinta metros de las rocas, pero todavía les faltaban setenta para llegar a la nave. ¡Setenta metros que no podrían correr ya, porque los primeros grupos de hormigas, avanzando sobre la fina arena del desierto, les estaban pisando los talones!

Algunos de los monstruosos animales se alzaron sobre sus patas traseras, preparándose para aferrar con sus otros dos juegos de extremidades los cuerpos de la pareja.

—¡No podemos esperar más! —gritó Geo—. ¡Fuego! ¡Fuego todo lo aprisa que te sea posible, Amy!

De ambas pistolas empezaron a brotar llamas atómicas, y la primera fila de hormigas, las más próximas, se desintegraron inmediatamente envueltas en nubecillas de humo.

—¡Mataremos todas las que podamos! —repuso Geo—. ¡Es lo único que se puede hacer!

—¡Sí, sí! —contestó Amy, aterrada, pero oprimiendo sin cesar el disparador de su pistola.

Se hizo un pequeño claro delante suyo. Pero la marea negra, mil veces más feroz que la terrible marabunta terrestre, se extendía

hacia los flancos, en semicírculo, amenazando con rodearles por completo, no quedaba ni el recurso de echarse a correr de nuevo. No podían hacer más que disparar, seguir disparando, con las hormigas cada vez más cerca, hasta que todo resultase inútil.

Y entonces, cuando no parecía existir otra solución que la muerte, la terrible muerte bajo las mandíbulas de los monstruos, ocurrió lo inesperado. El suelo empezó a temblar. Los auriculares de los cascos de vacío de los dos jóvenes captaron un trueno hondo, que parecía brotar de las entrañas del planeta, y el acantilado que tenían enfrente, agitado también por el terremoto, empezó a abrirse, dejando caer gran cantidad de las rocas que lo formaban.

Las enormes piedras, rebotando, chocando unas contra otras, fueron a caer sobre la negra masa de las hormigas, aplastando a muchas de ellas. Se produjo el pánico entre los gigantescos insectos, que empezaron a correr en todas direcciones, alocados, tratando sólo de escapar del alud que les caía encima y perdiendo momentáneamente todo interés por la captura de sus dos presuntas víctimas.

—¡Dios mío! —exclamó Amy—. ¿Qué ha sucedido?

—¡No lo sé, pero es nuestra oportunidad! ¡Atrás, Amy! ¡Atrás a toda prisa!

La distancia que les separaba del acantilado había impedido que las rocas les amenazaran de modo directo. Echaron a correr de nuevo, mezclándose casi con las alocadas hormigas, y antes de que éstas se reorganizaran y volviesen a centrar su atención sobre ellos, Geo y Amy se encontraron en el interior de su nave.

Allí se sintieron seguros. Por potentes que fuesen las mandíbulas de las hormigas, no podrían destrozar el metal especial de que estaba construida la nave. Entonces contemplaron con toda tranquilidad el exterior a través de uno de los grandes ventanales.

El terremoto había cesado ya. En realidad, sólo había durado algunos segundos.

—¿Qué habrá sido eso, Geo? —preguntó Amy.

—Temo que una explosión subterránea. Tal vez una bomba atómica mal controlada…

—Pero no ha levantado el suelo. Se ha limitado a removerlo. Mira el acantilado, Geo. Parece otro.

Se veían perfectamente las rocas amontonadas y muchas

hormigas que se debatían entre ellas, tratando de librarse del peso que las oprimía, aparte de las que habían muerto aplastadas.

—Los resultados de la explosión dependen del sitio donde haya tenido lugar ésta —explicó Geo—. En un refugio bien construido lo más fácil es que ni siquiera lo haya destruido por completo. Generalmente, esos refugios se construyen a prueba de explosiones atómicas. En cambio, el suelo, la base del acantilado, como carece de protección alguna, se ha resentido por la formidable sacudida.

—¡Qué satisfacción poderlo contemplar todo desde aquí, sin peligro! Pero… ¡Mira! ¡Mira, Geo! Allí entre las hormigas hay un hombre. ¡Está de pie sobre una roca y los monstruosos animales pasan por su lado con absoluta indiferencia!

—Ya lo veo. Sin duda es uno de «ellos». Quiero decir, uno de los domadores o lo que sean. ¡Pero yo diría que es…!

Se calló antes de pronunciar el nombre. No quería dar el terrible disgusto a la muchacha. Sin embargo, un grito agudo de ésta, un grito más terrible que cuando había visto tan cerca los millares de hormigas gigantes, dio a entender a Geo que Amy había reconocido también al hombre que estaba de pie sobre la roca. Que le había reconocido y que había comprendido, como él, que aquel hombre era uno de los que habían llevado a los gigantescos insectos a las habitaciones del vicepresidente Loon, del secretario de Estado, a las propias de Amy y había soltado hacía poco millares de aquellos repugnantes animales para que les devorasen a ellos dos.

—¡Tío Archibald! ¡Tío Archibald! —gritó Amy.

Y cayó desvanecida a los pies de Geo.

* * *

El joven corrió a ayudarla. La depositó en una de las butacas de la cabina de mandos y corrió en busca de un cordial para hacerla volver en sí.

Amy se recuperó a los pocos momentos. Abundantes lágrimas manaban de sus ojos, dando a entender que lo recordaba todo. Que sentía un dolor profundísimo por lo que había visto antes de desvanecerse.

—¡No! ¡No es posible, Geo! —exclamó—. ¡Nos hemos equivocado los dos! ¡Es necesario que nos hayamos equivocado!

—Bebe un poco más, Amy.

Ella rechazó el vaso.

—No me hace falta. Estoy bien —miró al joven con los ojos velados por el llanto—. ¡Dime que no es posible, Geo! ¡Dime que tío Archibald no puede estar con esa gente que lanza esos monstruos a devorar personas!

¡Habla, Geo! ¡Di algo!

—Hemos venido aquí para ayudar a tu tío, Amy —contestó él, con la voz muy calmada—. Y, si no te opones, seguiremos nuestro camino hasta el fin.

—Pero ¿tú crees…?

—No creo nada en estos momentos. —Geo estaba de pie, con el vaso de cordial en la mano. Se volvió por instinto hacia la ventana, buscando con la vista a la figura del profesor Finch. Quería convencerse de que no se habían equivocado antes. Quizá los reflejos del casco de vacío habían alterado la fisonomía del hombre que estaba sobre la roca y habían provocado la confusión. Al cabo de unos momentos dijo—: Es raro, Amy. Ya no está ahí.

—¿Como? —Ella se levantó apresurada, para mirar a su vez.

—Ha desaparecido. Todo eso es muy raro. No creo que haya pretendido en el último instante ocultarse tras las rocas para no ser visto. De haberle interesado esto no se hubiera puesto antes de pie encima de una de ellas. Y hasta me parece recordar, Amy, que estaba levantando los brazos como si pretendiera hacernos señas. Pero te has desmayado tan de repente…

Amy exclamó:

—Quizá quería invitarnos a la rendición. En tal caso no sería tío Archibald. ¡No; no era él!

Geo no le quiso contestar que estaba cada vez más convencido de lo contrario.

—Escucha, Amy —dijo—: Esa gente nos sorprendió ayer cuando estaban en tu casa registrando el laboratorio de tu tío. Comprendieron que nuestra intención, por lo menos la mía, era perseguirles. Nos espiaron y no los fue difícil controlar nuestra salida. Entonces nos atrajeron aquí, con el fin de hacernos perecer, quizás al mismo tiempo que buscaban hacer una ostentación de su fuerza soltando esos millares de hormigas. Nosotros hemos mordido el anzuelo por conveniencia; porque era la única posibilidad de

conseguir algo, aun arriesgando mucho…

—Sí, Geo; lo sé. Hemos repetido este razonamiento muchas veces desde el principio del viaje.

—Y te lo repito ahora para que comprendas que no tiene sentido el que salga uno de ellos a agitar los brazos para invitarnos a la rendición. Sin duda disponen de medios más contundentes para obligarnos. Puede ser que momentáneamente, a causa de la explosión subterránea, hayan quedado obstruidos sus medios de ataque.

O quizá no han reaccionado aún tras el fracaso de las hormigas.

—Entonces, ese hombre…

—He hecho todo este repaso para llegar a una deducción que me parece lógica. ¡Ese hombre iba a agitar los brazos para pedirnos ayuda, Amy! ¡Y entonces podemos estar en lo cierto al suponer que era Archibald Finch!

Un rayo de esperanza brilló en los ojos de Amy.

—¡Oh, sí, Geo! ¡Es como dices tú! ¡Tiene que ser así!

Él la acabó de animar con una sonrisa.

—Ya verás cómo pronto lo aclararemos todo, pequeña.

—Lo que no me explico, Geo —repuso ella, volviéndose a poner seria—, es por qué las hormigas no han atacado a tío Archibald.

—Tampoco yo, pequeña. Y no creas que esto deja de preocuparme. Confío en que encontraremos la solución también. Ahora hay que hacer algo más práctico que reflexionar.

—¿Qué, Geo?

—Observa. Las hormigas se han reagrupado, una vez superado el pánico. Han emprendido la marcha hacia el nordeste, en grupo compacto, como la terrible marabunta sudamericana. ¿Y sabes lo que hay al nordeste, a unos veinticinco kilómetros de aquí?

Amy había estudiado el mapa de Marte, lo mismo que Geo.

—¡La Base Uno! ¡La capital del planeta! —contestó, aterrada—. ¡Y esos monstruosos animales han tomado dicha dirección!

—Exacto. Quizá no tarden ni tres horas en recorrer la distancia. ¡Y las rocas sólo han aplastado a unos pocos centenares! ¡Quedan miles todavía, Amy!

—¡Dios mío! ¡Hay que hacer algo! ¡No vamos a permitir que se consume semejante carnicería! ¡Sería horrible!

—No lo permitiremos. Ahora mismo vamos a emprender la

marcha hacia la Base para poner a las autoridades sobre aviso. Diremos sólo que hemos visto a las hormigas avanzar en aquella dirección, sin entrar en más detalles.

—De acuerdo, Geo. En marcha cuanto antes. Hemos de salvar a esa pobre gente de la terrible muerte que les esperaría si cayesen en poder de las hormigas.

Geo iba ya a poner en marcha la nave cuando se fijó en la luz que brillaba en los mandos de la pantalla televisora.

—Una llamada —dijo, conectando.

—¿Otra hormiga? —preguntó Amy.

Pero no fue la asquerosa cabeza de uno de aquellos gigantescos insectos lo que apareció en la pantalla, sino el rostro de un hombre. Un hombre joven, de unos treinta años todo lo más, de aspecto simpático, que miraba sonriente a la pareja, a través de sus gafas de gruesa montura color oscuro.

—Hola —saludó—. Han tenido suerte, desde luego. Pero quiero excusarme ante ustedes. Mi intención no era matarles.

—¿Eh? —exclamó Geo—. ¿De modo que es usted de la banda? ¿El jefe, quizá?

—Algo más que el jefe. Pero dejemos esto para luego. Sólo quiero que sepan que si han pretendido emprender la lucha contra mí pierden lamentablemente su tiempo.

La sonrisa no se borraba de sus labios. Era un hombre que se sentía seguro de sí mismo.

—No nos quería matar, ¿eh? —dijo Geo—. Supongo que no ha soltado las hormigas para que nos hicieran caricias.

—Las he soltado porque esto formaba parte de mis planes, pero no contra ustedes —repuso el desconocido—. Ha dado la casualidad de que ustedes estaban aquí, eso es todo. Y yo no iba a modificar mis planes para salvarles la vida.

—Gracias por la franqueza —dijo Geo, con ironía.

—Les he traído aquí porque son ustedes periodistas y entra en mis planes que se vayan divulgando mis actos. Que la gente se convenza de que le conviene obedecerme. Sólo por eso me he aprovechado de su tonto viaje, amigos míos.

Geo exclamó:

—No somos amigos suyos.

—Lo serán —replicó el hombre, poniéndose ahora serio—; lo

serán, como tendrán que serlo todos aquellos que deseen sobrevivir. ¡Yo sólo admitiré amigos cuando tome posesión del mando!

—¿De qué mando? ¿Quién es usted?

—¡Del mando del mundo! ¡De esto me apoderaré dentro de muy poco! ¡No habrá elecciones, porque el nuevo Presidente seré yo! ¡Me ha preguntado quién soy, pues acostúmbrese a conocerme por el nombre que no tardarán en darme todos! ¡Soy «El Señor del Universo»!

—¡Usted está loco! —gritó Geo.

—¡Pronto se convencerá de lo contrario! ¡He empezado ya a dar muestras de mi poder y las daré mucho más contundentes hasta que la humanidad entera se doble ante mí! ¡Seré el Presidente, pero no por un ridículo período de diez años, sino para siempre!

—¿No piensa usted morir?

—¡No, porque el «Señor del Universo» no debe morir nunca, si se quiere considerar como tal!

—Repito lo de antes: está rematadamente loco. Comprendo lo de las hormigas y otras barbaridades. No me interesa hablar con usted. Voy a cortar.

—¡Espere, Dawes! —gritó el desconocido—. ¡Quiero que sepa lo esencial para que escriba un reportaje que le hará famoso!

—No me interesa la clase de fama que pretende darme usted.

—¡Pero a mí sí, Dawes! Y a usted le conviene escucharme, porque el mundo se ha de enterar del gran peligro que le amenaza si no me hace caso. ¿Sabe usted lo que tardan en nacer las hormigas gigantes de Júpiter? ¡Diez días, a partir del momento en que son depositados los huevos! ¡El animal pasa otros quince días en estado de larva y se convierte ya en adulto, apto para una nueva generación! ¡Júpiter estaría lleno a rebosar de hormigas gigantes si no fuese porque hay dos especies distintas que se devoran unas a otras en constante y feroz guerra!

—¿Y por qué me cuenta a mí todo eso?

—Porque quiero que tanto usted como la señorita Finch lo publiquen en sus respectivos periódicos. Fue una estupidez por su parte no refugiarse a tiempo, en su nave cuando solté las hormigas; pero puesto que han conseguido salvarse, aprovéchenlo para advertir a la humanidad.

—Antes nos soltó ya media docena de hormigas —objetó Geo.

—Las llevaba en una de mis naves, procedente de la Tierra, porque de momento no me hacían más falta allí. Las solté para hacerles una pequeña exhibición, seguro de que las matarían. ¡Lo que me sobran son hormigas, Dawes!

—¿Y cómo es que no atacan a su gente?

El llamado «Señor del Universo» se había vuelto a animar. Soltó una carcajada.

—Éste es mi secreto —dijo—. No apto para su publicación. Lo que me interesa que digan es que puedo sembrar todos los bosques y montañas de la Tierra con huevos de hormigas gigantes. Ya han visto que se aclimatan bien. Ésta es mi advertencia a la humanidad, Dawes. ¡Si no me hacen caso, en menos de un mes la Tierra y todos los planetas pueden estar invadidos por millones y millones de hormigas gigantes! ¡El ataque que voy a realizar contra la Base Uno de Marte es una demostración de que el «Señor del Universo» no amenaza en vano!

—¡Es en todo caso la demostración de que usted es el mayor criminal de todos los tiempos! —gritó Geo—. ¡No le pienso escuchar más!

Y cortó la comunicación.

—¡Es necesario que hagamos fracasar a ese loco, Amy! —repuso, poniendo ya la nave en marcha—. ¡Vamos a Base Uno para avisar a la gente que se prepare para la defensa!

—Pero si es cierto lo que ha dicho ese hombre puede causar mucho daño.

—Esperemos que lo capturen a tiempo. Creo, sin embargo, que no llevará a cabo su amenaza. ¡No va a pretender el «Señor del Universo» mandar sobre una humanidad devorada por las hormigas!

—¡Dios mío! Pero ¿de dónde ha salido ese loco?

—No lo sé, Amy. Y sin embargo…

—Sin embargo, ¿qué? —preguntó la joven.

—Su rostro no me es del todo desconocido. No lo puedo recordar bien, Amy. ¡Pero estoy seguro de haber visto a ese hombre en alguna parte antes de ahora!

CAPÍTULO IV

o obstante, lo que corría más prisa en aquellos momentos era impedir que las gigantescas hormigas hicieran una carnicería en la capital de Marte.

La ciudad, llamada Base Uno por haber sido la primera que se había construido al iniciarse la colonización del planeta, estaba edificada bajo una gran cúpula transparente que permitía vivir en ella sin necesidad de los molestos cascos de vacío, mediante una atmósfera artificial que la igualaba en condiciones a cualquier población de la Tierra.

Vivían allí numerosas familias dedicadas en su mayor parte a la extracción de minerales —la gran riqueza de Marte— y a su transporte a la Tierra o a otros planetas donde eran necesarios. La existencia de esas gentes precisaba, como es natural, de todos los servicios complementarios propios de un lugar habitado por seres humanos. Importación y venta de alimentos de todas clases, vestuario, adornos, bancos, servicios sanitarios, locales de diversión

y otras muchas cosas que daban trabajo a multitud de personas aparte de las que trabajaban o administraban las grandes minas de los contornos.

¡Y toda aquella gente estaba ahora amenazada por los millares de hormigas gigantes que el «Señor del Universo» había soltado contra ella!

Naturalmente, las hormigas habían tomado por instinto aquella dirección. No había hecho falta orientarlas ni dirigirlas. Su voracidad, el hambre que sin duda habían pasado en su encierro, bastaban para hacerles adivinar en qué dirección encontrarían comida.

—Sí —explicó Geo a Amy, mientras salvaban los escasos kilómetros que les separaban de la ciudad—; todo esto es lógico. Al «Señor del Universo» le ha bastado transportar a su refugio unas cuantas hembras, que le han dado los miles de huevos necesarios para que naciera esa inmensa oleada que ahora avanzaba sobre Base Uno, sin haber probado comida desde el día de su nacimiento, quizás ayer o anteayer. Todo se ha podido calcular con exactitud.

—Sin embargo, pese a su hambre, esas hormigas no han atacado a nadie… ¡ni siquiera a tío Archibald! ¡Oh, Geo! ¡Me horroriza pensar…!

—No pienses y espera los acontecimientos. Tampoco yo quiero seguir pensando dónde he visto antes a ese individuo, aunque estoy seguro de haberle conocido. ¡Mira!

Habían llegado al punto máximo alcanzado por la masa de hormigas, que podían ver perfectamente a través de la pantalla de contacto con el exterior. La ciudad estaba ya a muy poca distancia, elevándose su enorme cúpula junto a unas montañas en las que estaban situadas las principales minas.

Lo más probable era que el temblor de tierra producido a veinticinco kilómetros de allí no hubiese sido registrado o no se le hubiese dado importancia, por lo que la vida debía desenvolverse con toda normalidad, ajenos todos al enorme peligro que les amenazaba.

La nave pasó rápida por encima de la cabeza de la oleada negra. Pero Geo y Amy pudieron advertir, sin embargo, que algunos grupos de hormigas se desviaban del conjunto, dirigiéndose a las estribaciones montañosas donde estaban situadas las minas.

—¡Han advertido la presencia de seres humanos allí, Geo! —exclamó Amy, alarmada—. ¿No podemos hacer nada por ellos?

—Sólo llegar cuanto antes a la ciudad, pequeña. Pero ya estamos.

El movimiento industrial se advertía ya de pleno ahora. Grandes camiones con ruedas de oruga, pequeños turbomóviles, helicópteros y toda clase de vehículos se veían ir de un lado a otro, en el exterior, entrando o saliendo por las compuertas especiales de la enorme cúpula.

Amy lanzó de pronto una exclamación de alegría.

—¡Ese «Señor del Universo» no ha tenido en cuenta una cosa, Geo!

—¿Qué?

—¡La cúpula! ¡Parte del mismo suelo y las hormigas no la podrán perforar!

Geo sonrió con amargura.

—Tú eres quien te olvidas de algo, muchacha. ¿No sabes aún cómo viven las hormigas? ¡En grandes cavidades que ellas mismas abren en el suelo, sirviéndose de sus patas y sobre todo de sus mandíbulas! ¡Les costará muy poco excavar minas por debajo de la cúpula y penetrar en la ciudad!

—¡Dios mío! ¡No había pensado en ello, te lo aseguro! —contestó ella con pena.

Geo estaba llamando ya, para pedir entrada, que le fue facilitada sin la menor dificultad. Sin salir de la nave, mientras tomaba tierra en el pequeño astropuerto del interior, pidió comunicación con el jefe de la policía de la ciudad.

—¡Es algo urgente! —dijo—. ¡Algo de lo que pueden depender las vidas de centenares de ciudadanos!

—¡Oiga! ¿Está seguro de que no trata de tomarnos el pelo? —le contestaron—. Ante todo, ¿quién es usted?

—Geoffrey Dawes, reporter del «Monitor», de Nueva York. Pero esto no hace al caso. ¿Han oído hablar de las hormigas gigantes de Júpiter?

—Algo ha dicho hoy la televisión. En Nueva York precisamente…

—¡Pues varios millares de esas hormigas se están dirigiendo en estos momentos hacia la ciudad! —interrumpió Geo.

—¿Qué? Repito que si es una broma…

—¡Rayos! ¡Comuniquen con las minas! ¡Quizá los trabajadores ya están siendo atacados! ¡Le digo que no se puede perder ni un segundo!

—Está bien, señor Dawes. Será complacido. Pero pienso que todavía está a tiempo de… —El otro se interrumpió de pronto. Luego, dijo—: ¡Espere un momento! ¡Llaman de las minas!

Hubo una breve interrupción, tras la cual, el funcionario, con voz alarmada, volvió a comunicar:

—¡Las hormigas están atacando a los mineros y a los servicios de transporte! ¡Señor Dawes, le ruego me perdone…!

—¡Corte y avise de una vez al jefe de Policía! —gritó Geo. —¡Deje las excusas para otra ocasión!

Después de esto, todo se organizó con rapidez. Las fuerzas de policía de Base Uno se concentraron en sus cuarteles para salir inmediatamente a bordo de sus turbomóviles equipados con ametralladoras atómicas. Se dio la alarma a la población para que nadie fuese cogido desprevenido, y la gente se lanzó a la calle, armada hasta los dientes, en espera de la aparición del monstruo invasor.

Mientras los vehículos salían ya a toda prisa, el jefe de Policía se puso al habla con Geo para patentizar su agradecimiento.

—Los habitantes de Base Uno nunca le agradecerán bastante el aviso, señor Dawes.

—He cumplido mi deber. No iba a dejar que se los comieran esos asquerosos bichos. ¿Puedo ayudar en algo? Creo que es lo más práctico.

—Desde luego. ¿Qué desea hacer?

—¡Rayos! ¡Matar el mayor número posible de hormigas! Desde la nave quizás me resulte un poco incómodo. ¿No me puede facilitar uno de esos magníficos turbomóviles?

—Lo tiene a su disposición desde este momento, señor Dawes. Yo parto en el mío, pero dejaré órdenes para que no le pongan obstáculos.

—Gracias, señor.

Diez minutos más tarde, Geo y Amy tripulaban el turbomóvil, equipado con dos ametralladoras atómicas. Abandonaron el recinto protegido por la enorme cúpula, y momentos después sobrevolaban

el fantástico campo de batalla.

En realidad, no era más que una cacería de hormigas gigantes, en la que no se fallaba un solo disparo. Los insectos habían conseguido infiltrarse parcialmente en las minas, donde algunos grupos de ellos habían saciado su hambre devorando a los desprevenidos trabajadores. Se habían producido algunas escenas horripilantes, pero ahora los humanos dominaban ya por completo la situación.

Las ametralladoras de los turbomóviles no paraban un solo momento. Sus balas atómicas causaban verdaderos estragos en el enemigo, cuyo número se iba reduciendo por momentos.

No quedaban cadáveres en el suelo, librándose así a los habitantes de la ciudad de la repugnante visión, que ello significaría después, así como del trabajo de limpiar luego los alrededores. Se notaba sólo la disminución de las hormigas por los claros que se iban produciendo en la oleada negra de sus cuerpos.

Los insectos eran incapaces de defenderse ni de eludir aquel formidable ataque. Como en el caso de la caída del acantilado, el instinto dio la alarma en las filas y empezaron a huir en todas direcciones, buscando una salvación que esta vez no les había de llegar.

—¡No dejen una sola, muchachos! —Era la orden del jefe de Policía, que sonaba casi constantemente en los altavoces de los turbomóviles—. ¡Piensen que un superviviente podría significar numerosas muertes, aparte del peligro de una rápida reproducción! ¡Es necesario que mueran todas esas hormigas!

Geo y Amy tampoco perdían el tiempo. Habían pasado un peligro demasiado grande, pese a que el «Señor del Universo» hubiese afirmado que su intención no había sido soltar las hormigas contra ellos sino contra la ciudad, de acuerdo con los planes que tenía previamente establecidos.

Y sentían un verdadero placer, ametrallando a aquellos asquerosos animales desde el aire, sin el menor peligro para ellos dos.

Geo exclamó:

—¡Esto se va aclarando, Amy!

—¡Sí, Geo! ¡Esperemos que ninguna hormiga consiga esconderse entre las rocas de las montañas vecinas! ¡Significaría un perpetuo

estado de alarma en la ciudad!

—Afortunadamente, su propio tamaño les impide pasar desapercibidas. No temas, Amy. Por lo que a ellos mismos les interesa, los policías de Base Uno no dejarán a ninguna con vida.

—Recuerdo que ayer te quejabas de que el oficio de periodista no ofrecía ninguna emoción, Geo —dijo la joven, a la que ahora había vuelto momentáneamente el buen humor.

—Ayer todavía teníamos Presidente en la Federación Planetaria, Amy. No habían perecido Cyrus Brunner, Christian Loon ni Reginald Sinclair. El «Señor del Universo» aún no se había lanzado a la lucha. Tu tío aún estaba en casa, estudiando…

Geo se interrumpió al darse cuenta de lo poco acertado de la última parte de su frase. No tenía que haber nombrado a Archibald Finch, porque con ello había conseguido únicamente que se disipase el buen humor de Amy.

La muchacha dijo:

—Tío Archibald… ¡Oh! ¡Y estaba sobre aquella roca, Geo! ¡Si hubiésemos podido…!

—Millares de hormigas gigantes nos impedían llegar hasta él…

Se interrumpió de nuevo para meditar sobre aquel extraño misterio de que las hormigas no atacasen a los que de un modo u otro tenían relación con ellas.

Observó de pronto la situación de la fantástica cacería. El número de insectos iba disminuyendo por momentos. Ya no constituían un peligro, sobre todo teniendo en cuenta que las navecillas de la policía no cejarían hasta llegar al exterminio total. Había habido algunas víctimas, por desgracia, pero la gran masa de la población se había salvado. Ninguna hormiga se infiltraría en el interior de la ciudad.

—Creo que ya no hacemos falta aquí, Amy —dijo—. Los valientes policías de Base Uno pueden pasarse muy bien sin nosotros.

—¿Vamos… a regresar a la nave?

—No, pequeña. Lo que vamos a hacer es aprovechar que no se fijan en nosotros para realizar una excursión. Es mejor ahora que luego, que todo serían preguntas y explicaciones.

—Te comprendo, Geo. Quieres volver allá. Donde hemos visto a tío Archibald…

—Exacto. La finalidad que nos hemos propuesto es rescatarlo a él, independientemente de lo que haga la policía para combatir a ese fantástico «Señor del Universo».

—Sí, Geo. Y nos conviene que cuando la policía eche mano a la banda tío Archibald no esté ya con ellos. Podrían considerarle cómplice.

—Sobre todo, si se llegan a enterar de su famoso estudio sobre las hormigas gigantes, Amy.

—Fue una desgraciada ocurrencia del pobre tío. Habiendo tantos animales raros en los planetas tuvo que elegir esas malditas hormigas…

—Tal vez fue ésta la causa de su secuestro. Se me ocurre algo…

—¿Qué, Geo?

—Nada. Una ocurrencia tonta. Es mejor que pensemos en cosas prácticas y nos larguemos de aquí antes que los policías acaben de una vez con las hormigas.

Hasta aquel momento, el turbomóvil había estado evolucionando sobre el terreno inmediato a la ciudad, lo mismo que los demás, siempre en persecución de los monstruosos insectos. Pero ahora, Geo, haciéndolo mover con cuidado, para que no se notase el brusco cambio, lo condujo hacia uno de los puntos más extremos desde donde estaban ametrallando a las hormigas.

Había elegido precisamente el lado más cercano a las montañas. Otras dos navecillas se movían allí, soltando sus mortíferos chorros de fuego, y aunque no necesitaban refuerzos no se extrañaron por la presencia de un turbomóvil más.

—¿Qué haces, Geo? ¿Te pones a ametrallar? Yo pensaba…

—Pensabas que habíamos de disimular nuestra desaparición, ¿no? Pues es lo que pretendo hacer. Mira: una de las hormigas huye hacia aquellas rocas. Vamos a perseguirla.

El turbomóvil evolucionó hacia las rocas. La hormiga que había buscado refugio en ellas fue volatilizada, pero el pequeño vehículo ya no regresó al lado de los demás.

Nadie había de notar su falta. El recuento se haría más tarde, pero entonces no se sabría ya a dónde habían ido Geo y Amy. Ya encontrarían éstos una excusa para justificar su ausencia.

El joven hizo descender el turbomóvil hasta tocar casi el suelo. Las rocas lo ocultaban perfectamente, y entonces pudo acelerar

hasta el máximo, dando vuelta a las montañas y emprendiendo la dirección del extenso desierto arenoso.

—Ahora a trabajar por nuestra cuenta, Amy. El turbomóvil nos conviene mucho más que la nave para esta operación, pues a menos que tengan un centinela oteando el desierto no se darán cuenta de nuestra proximidad.

—Ellos también disponen de una nave, por lo menos —observó Amy.

—No hace falta que me lo recuerdes. Por desgracia, no sabemos dónde la han escondido después que la elevaron cuando la íbamos a asaltar. Quizás esté ya fuera de Marte.

Amy dijo:

—Esto significaría que tienen otras bases secretas, ¿no?

—El tipo que huyó de tu casa habló de «la Base», en singular. Pero quizá se refería a la principal. A la Base por antonomasia, que puede estar en la Tierra. Sin embargo, mi idea es que deben de tener un escondrijo u otro en todos los planetas, para preparar en ellos la operación que tan mal resultado les ha dado aquí.

—Si se hubieran llevado ya a tío Archibald fuera de Marte —se lamentó Amy—. Ahora que lo teníamos tan cerca…

—No tardaremos en saberlo. Tenemos ya delante lo que quedó en pie del acantilado después del terremoto.

—Un terremoto producido muy oportunamente, ¿no te parece? Como si alguien nos hubiera querido ayudar…

—Puede haber algo de verdad en esto, chiquilla. ¡Atención! ¡Voy a detener este cacharro! Prepara el casco de vacío y las pistolas.

El turbomóvil se posó con suavidad en un espacio llano entre varias rocas. No necesitaba más que un poco de superficie para aterrizar, y allí encontró la suficiente.

—Si no nos han visto, no nos verán ya —comentó Geo—. El aparato queda aquí a cubierto de toda mirada indiscreta. Es necesario venir hasta él para encontrarle.

Llevaban ya los cascos y estaban hablando mediante las diminutas radios instaladas en los mismos, con una pequeña antena qué permitía captar al mismo tiempo los ruidos exteriores.

—¿Qué armas llevamos? —preguntó Amy.

—Una pistola de cada clase. Sospecho que no encontraremos más hormigas, pero es mejor estar prevenidos.

Salieron, y empezaron a avanzar con cuidado. No tardaron en encontrar los restos del pequeño cataclismo que se había producido antes, sobre todo en forma de muchas hormigas aplastadas por las rocas. Era una visión desagradable contemplar aquellos animales destrozados, sobre todo a causa de su tamaño, que les hacía semejar a fantásticos seres humanos caídos en un espeluznante campo de batalla.

Amy tenía que apartar muchas veces la vista para no posarla sobre unas vísceras o un cerebro salidos del cuerpo y desparramados por las piedras, entre un líquido viscoso, de un color muy oscuro, semejante a sangre.

—¡Decías que no íbamos a encontrar más hormigas, Geo! —comentó, para animarse, en tono jocoso.

—Ya firmaría para que todas las que encontrásemos en lo sucesivo se hallaran en ese estado —contestó él.

—Pues… no sé qué decirte. Menos mal que llevamos puestos los cascos, porque todo esto debe de ocasionar una insoportable pestilencia.

Continuaron avanzando entre las rocas, sin llevar ninguna dirección determinada. Iban, naturalmente, a un lugar concreto —la entrada del refugio del «Señor del Universo»—, pero no sabían el lugar exacto donde lo tenían que encontrar.

—No creo que tengamos demasiadas dificultades —dijo Geo, refiriéndose a ello—. Sospecho que la entrada no estará excesivamente oculta.

—Sin embargo, habrán adoptado precauciones.

—Sólo elementales, pequeña. No olvides que esto es un lugar desierto, aunque se halle a una distancia relativamente cercana de la capital. Por aquí no pasa nadie. Y teniendo en cuenta que esos bandidos sólo han necesitado el refugio para una temporada breve, no se habrán calentado demasiado los cascos para esconderlo.

Iban saltando de roca en roca. Algunas de ellas se movían a causa de la poca gravedad de Marte y como consecuencia también de la poca estabilidad conseguida después del pequeño terremoto, que las había desgajado de lo alto del acantilado.

—¡Cuidado! —advirtió Geo—. ¡No vayamos a rompernos la cabeza con una caída!

—Sería una pena, después de haber escapado a los peligros

anteriores —contestó la muchacha.

—Siempre es una pena romperse la cabeza. Pero… ven hacia aquí. Creo que he descubierto algo.

—Si se trata de un agujero, yo acabo de descubrir otro —dijo Amy—. Aquí, aprovechando un hueco entre dos piedras.

Fue Geo quien se acercó a la joven para comprobar si el agujero tenía las mismas características que el descubierto por él.

Se trataba, en efecto, de algo semejante. Alguien había vaciado la tierra o arena entre la juntura da dos rocas, dejando abierto una pequeña mina o túnel, suficiente para que se pudiera arrastrar hacia el interior alguien que tuviera el tamaño de un ser humano.

Era en las piedras que formaban la base del acantilado. Las que no se habían precipitado, cambiando de lugar, después de la sacudida que había aplastado algunos centenares de hormigas.

—Exacto —dijo Geo—. Los dos agujeros son idénticos. Sin duda encontraremos otros muchos en esta parte del acantilado.

—Comprendo —repuso Amy—. Son los agujeros de salida de las hormigas. Por eso han aparecido tantas a la vez, con una rapidez inesperada.

—Estos agujeros deben de converger todos en una gran cavidad interior, capaz de albergar los miles de hormigas que han sido soltadas. Una simple caverna bajo el acantilado, a la que debieron colocar una puerta que han abierto en el momento que han juzgado oportuno para dar su golpe de sorpresa.

—Sorpresa que les ha resultado completamente fallida —añadió Amy.

—Eso es lo de menos ahora, muchacha. Lo importante es que hemos encontrado ya el camino.

—¿Piensas meterte por uno de esos agujeros y arrastrarte hacia el interior? —preguntó Amy, poco convencida por la idea.

—Lo haré, si no encuentro otro camino más práctico. Pero sospecho que si seguimos buscando nos saldrá al paso un acceso adecuado para personas que puedan andar de pie.

Continuaron su exploración, removiendo a veces algunas rocas que parecían ocultar nuevos pasos. Seguían encontrando de vez en cuando hormigas aplastadas, pero se estaban acostumbrando, sobre todo Amy, a aquella visión y les causaba ya un efecto menos repelente.

Algunas de las hormigas se debatían aún, no muertas del todo, entre las piedras que las aprisionaban. Y los dos jóvenes se vieron más de una vez obligados a emplear sus pistolas atómicas para poner fin a una agonía que hubiera podido resultar peligrosa para ellos.

Por fin, dieron con lo que buscaban. Una de las aberturas presentaba características distintas a las demás, sobre todo en tamaño, dando a entender que se había excavado para que penetrasen por allí personas y no seres que acostumbraban a moverse en sentido horizontal.

Fue Amy la que efectuó el descubrimiento.

—¡Geo, mira! —gritó, emocionada—. ¡Es aquí!

Geo se acercó de un par de saltos.

—Sí —dijo, después de haber examinado el hueco—. Esta abertura no es natural. Se ha trabajado en ella con herramientas.

—Pero no se ve puerta alguna.

—Estará colocada más al interior. Es posible que se abra electrónicamente, pero confío que con unos cuantos disparos atómicos conseguiremos el mismo resultado. ¿Te sientes con valor, Amy?

—Mentiría si te dijera que sí.

—Por lo menos, lo tendrás para vigilar la entrada mientras yo exploro el interior.

—No, Geo —repuso entonces ella, resuelta—. No esperes que me quede aquí mientras tú corres peligro dentro. Mi angustia sería mucho mayor. Estoy decidida a seguirte adonde sea, prescindiendo de mi miedo.

Geo sonrió, para animarla un poco. Sabía que iba a ser inútil discutir para convencerla de que se quedase.

—De acuerdo —dijo—. Prepara la pequeña linterna atómica. Vamos a necesitar luz aquí dentro.

—Pasa delante, Geo. Te seguiré sin vacilar.

—Seguirán los dos —dijo entonces una voz, a sus espaldas—. Pero no como exploradores, sino como prisioneros. ¡No hagan el menor movimiento o les volatilizo instantáneamente!

Detrás de ellos, apuntándoles con una pistola atómica, estaba un desconocido. Un hombre que sin lugar a dudas pertenecía a la banda del «Señor del Universo».

Geo y Amy habían perdido momentáneamente la partida.

CAPÍTULO V



o se movieron, porque tenían la absoluta seguridad de que su enemigo no vacilaría en disparar.

—¿De modo que han descubierto la entrada del refugio, eh? —dijo el hombre—. Muy listos, amigos. Sólo que no han tenido en cuenta que las conversaciones, llevando casco de vacío, son captadas a distancia. Yo les he oído acercarse y me he escondido hasta el momento oportuno para echarles el guante.

—Nos era necesario hablar de algún modo, aun arriesgándonos a ser oídos —dijo Geo—. No se las dé de listo.

El hombre rió.

—Espero que después de haberles atrapado no va a resultar que los listos son ustedes.

Era tonto discutir aquel extremo. Estaban cogidos y las palabras no modificarían la situación.

—Bien —dijo Geo—. ¿Qué hemos de hacer? ¿Entrar de todos modos? Usted tiene la palabra.

—Levanten los brazos. Hasta tocarse los cascos de vacío. Les voy a quitar las armas.

Geo y Amy obedecieron. El hombre se acercó, sosteniendo siempre en su diestra la pistola atómica, y alargó la mano izquierda para despojar a sus prisioneros de las pistolas que colgaban de sus respectivos cintos.

Fue entonces cuando Amy soltó un grito de terror.

—¡No! ¡¡Nooo…!! ¡Esa terrible hormiga! ¡Se nos echa encima! ¡Aquí, junto a esa roca!

El bandido volvió la cabeza instintivamente. Quizá no lo hubiera hecho de haber sido un hombre el que hubiese gritado, pero una mujer se puede permitir siempre ciertos histerismos, incluso en las situaciones más delicadas, y aquello fue lo que hizo morder el anzuelo al guardián de la entrada.

No había visto la seña efectuada por Amy a Geo, con los ojos, porque estaba detrás de la pareja y los rostros de ambos quedaban fuera de su línea visual. Pero Geo sí que había visto la seña y la había comprendido perfectamente.

Y después de soltar Amy su grito, cuando el bandido se volvió, sólo por un segundo, lo aprovechó con rapidez.

—¡No está en aquel lado el peligro, sino en éste! —gritó, al tiempo que se lanzaba sobre el granuja.

El hombre quiso rectificar su movimiento, pero era ya tarde. Geo le había empujado con violencia, haciéndole perder la estabilidad, e impidiéndole usar con eficacia la pistola que empuñaba.

—¡Maldita mujer! —rugió, enfurecido—. ¡Me has engañado, pero va a costarte muy caro!

—¡De momento te lo costará a ti, granuja! —replicó Geo, contestándole por Amy—. ¡Ante todo, vas a pasar de carcelero a preso! ¡Un cambio muy interesante para nosotros!

Aprovechándose de la falta de estabilidad del otro, Geo le acababa de propinar un directo al estómago que lo derribó contra una de las rocas.

Y el hombre no tuvo tiempo de recuperarse, porque Geo se lanzó de nuevo contra él, ahora para sujetarle el brazo con fuerza, retorciéndoselo hacia la espalda.

El bandido dejó escapar un grito de dolor.

—¡Suelta la pistola! —ordenó el periodista.

El hombre no dijo nada, pero su mano se abrió y el arma fue a chocar contra el suelo.

—Recógela, Amy.

La joven no se hizo repetir la orden.

—Has estado magnífica, para ser una muchacha llena de miedo —repuso él, sonriendo.

Amy dijo:

—Se me ha ocurrido de pronto, y he pensado que me sabrías comprender, Geo.

—Ya has visto que sí. —Geo miró al bandido—. Es más listo que nosotros, pero ha caído en la red. Bien, amigo: Ahora tendrás que contestar a algunas preguntas.

Seguía teniéndole cogido el brazo, y se lo mantenía retorcido, pero sin apretar demasiado. Sólo para que el otro se diese cuenta de que no dormía.

—¿Qué quiere saber? —preguntó el bandido.

—Algunos detalles sobre este refugio. Su estructura interior, sobre todo. Haznos una descripción detallada para que no nos perdamos luego. Te advierto que entrarás con nosotros. Y si tratas de engañarnos, será lo último que hagas en esta vida.

—Sé perder —dijo el bandido—. Hay una puerta al fondo del pasillo de entrada. Con cierre electrónico.

—Lo suponíamos. Pero llevamos ganzúas contra ese tipo de cerraduras. Continúa.

—Al otro lado de la puerta, tres pasillos. El de la izquierda lleva al departamento de las hormigas.

—¿Quedan muchas?

—Ninguna. El jefe las soltó todas.

—Entonces, ese pasillo no interesa. Veamos los otros.

—El de la derecha lleva al laboratorio de Finch y al depósito de explosivos.

Amy no pudo evitar un grito al oír que nombraban a su tío. Geo la contuvo con un gesto.

—Ya aclararemos esto, pequeña. Ten un poco de paciencia. Bien, ¿adónde va el otro pasillo?

—Al departamento del jefe y de los hombres. No hay nada más.

—¿Cuántos hombres en total?

—Cinco, contándome a mí, y aparte del jefe y de Finch.

Geo respiró con satisfacción. Si aquel granuja no le engañaba, el número de enemigos con los que se tendría que enfrentar era relativamente reducido. Un golpe de suerte le podría hacer amo de la situación.

Por lo visto, el «Señor del Universo» lo había confiado todo a las gigantescas hormigas.

—¿Y la nave? —preguntó.

—Está lejos de aquí. Me resultaría difícil explicar el sitio exacto. Hay otros dos hombres en ella.

—Me basta con lo que has dicho. Pasemos ahora a otro orden de cosas. ¿Qué hay del jefe? ¿Quién es ese individuo?

—El «Señor del Universo» —contestó el bandido.

—De acuerdo. Pero yo quiero saber cómo se llama en el mundo de los míseros mortales como nosotros.

—No tengo la menor idea. Me contrató para que trabajase por él, como a los demás. Me convino el trato y quedé a su servicio. No nos dio otro nombre que el que conocen ustedes.

Podía ser verdad o no, pero Geo prefirió no insistir. Otras cosas le interesaban más de momento.

—Hay algo que no comprendo —dijo—. ¿Cómo es que las hormigas no os atacan a vosotros?

—Es un secreto que no puedo revelar.

—¿No? Pues yo en tu lugar no lo pensaría demasiado, muchacho. No he torturado nunca a nadie, pero te aseguro que no vacilaré ante un criminal de tu calaña.

—Si hablo me matarán —insistió el hombre.

—Entonces, supongo que preferirás quedarte con el brazo inutilizado por el resto de tu vida. Como quieras.

Y se lo empezó a apretar con fuerza, doblándose hacia arriba. Las articulaciones crujieron. El bandido gritó a causa del dolor.

—¡Suélteme! ¡Suélteme!

—¿Quieres hablar?

—¡No puedo! ¡El jefe es implacable!

—Pues te vas a convencer de que yo soy bastante más blando.

Y siguió retorciendo. A través del casco se veía el sudor que perlaba la frente del bandido.

—¡No puedo más! ¡Déjeme! ¡Hablaré! —gritó, por fin.

—Esto empieza a gustarme —contestó Geo, aflojando la presión

—. Puedes empezar.

—Las hormigas no nos atacan porque…

No pudo continuar. Una advertencia rápida de Amy le cortó la palabra.

—¡Cuidado, Geo! —gritó la joven—. ¡Por allí!

¡Por la entrada del refugio!

Geo soltó al bandido y se dejó caer al suelo. Amy lo había hecho ya. Y casi al mismo tiempo una especie de rayo pasó por encima de sus cabezas, yendo a desintegrar una pequeña roca que estaba detrás de ellos.

—¡Nos atacan con pistolas atómicas! ¡Prepara el arma, Amy!

—Es curioso —dijo ella—. No siento la menor sensación de miedo.

Una gran roca les ocultaba ahora de la vista de sus enemigos. Geo había podido ya comprobar que eran dos, y que disparaban desde la entrada de la cueva, a muy pocos pasos de allí.

A través de los auriculares les llegó la voz de uno de los bandidos.

—¡Ríndanse o lo van a pasar mal!

—¡Tienen ustedes una manera muy rara de invitar a la rendición! —contestó Geo—. ¡A disparo limpio!

El bandido que estaba a sus espaldas, el prisionero, vio entonces su oportunidad. Se habían olvidado de él.

Pero les demostraría que no era tan torpe como habían supuesto por el hecho de haberse dejado coger.

Eligió a Amy, considerándola más fácil de dominar. Lo pensó muy poco. Inesperadamente se lanzó sobre la joven, sujetándola por los brazos y tratando de apoderarse de su arma.

—¡No disparéis! —gritó, dirigiéndose a sus dos compinches—. ¡Estoy aquí!

Amy, cogida por sorpresa, se vio desarmada en un momento. El bandido, rápido, al tiempo que ella gritaba, se dispuso a encarar el arma contra Geo. Pero éste había sido más rápido que él y tampoco se entretuvo en pensarlo.

Su pistola atómica funcionó antes que la del bandido. Y Amy se vio envuelta en una nube blanquecina, al tiempo que notaba que la presión que efectuaba sobre ella el bandido desaparecía por completo.

—Es una pena —comentó Geo—. Nos hemos quedado sin saber por qué las hormigas no les atacan.

Se incorporó levemente para mirar por encima de la roca. Los dos hombres de la entrada de la cueva permanecían indecisos, porque no habían podido presenciar el fin de su compañero.

Captaron las últimas palabras de Geo. Comprendieran su significado y se dispusieron a actuar, pero la rapidez del periodista no les dio tiempo de nada. La pistola atómica que empuñaba dejó escapar dos rayos de muerte, y los dos hombres, convertidos ahora en sendas nubes de humo que se iba disipando poco a poco, dejaron de obstaculizar la entrada del refugio.

Geo se acabó de levantar.

—¡Ya no hay nadie ahí, Amy! ¡Ven conmigo!

Ella se levantó a su vez, muy pálida.

—He… he vuelto a pasar miedo, Geo. Ese hombre…

—Ya no existe. Ha dejado de ser un peligro para nosotros.

—Te debo la vida. Sin ti…

—Sin mí no te hubieras embarcado en esta aventura, pequeña. Conque déjate de cantinelas y sígueme de una vez.

Avanzaron los dos hacia la entrada del refugio, sin que ahora nadie se opusiera a su paso.

—Si ese tunante no nos ha engañado, sólo han de quedar ahora cuatro personas en el refugio —dijo Geo—. Tu tío, el famoso «Señor del Universo» y dos secuaces más.

—¡El pobre tío Archibald! —se lamentó ella.

—Contando con que él no nos atacará, son únicamente tres los enemigos en potencia. La desproporción no es mucha.

Geo había encendido la lamparilla portátil, de pila atómica, que formaba parte del equipo de vacío. No tuvieron que andar mucho por el interior del pasillo para encontrarse frente a la puerta cuya existencia había confirmado el bandido muerto.

El joven periodista llevaba la lamparilla en una mano y la pistola atómica en la otra. Sin entretenerse a pensar, oprimió el gatillo, apuntando la puerta.

—Veremos cómo le sienta esta llamada —comentó.

Al disiparse el humo, la puerta había dejado de existir. Dentro había luz y Geo pudo guardar de nuevo su pequeña lámpara.

—Los tres pasillos, tal como nos los ha descrito aquel tunante —

dijo—. Hemos de admitir que se ha portado bien.

Amy se había lanzado ya hacia la derecha.

—Por aquí está el laberinto —dijo—. Ante todo, veamos si podemos encontrar a mi tío, Geo.

Al fondo había una puerta, pero no fue necesario emplear otra vez la pistola atómica. Bastó una ligera presión para que se abriese, dando paso a la estancia que había al otro lado.

Allí se notaban en gran manera los efectos de la explosión que había motivado el terremoto. La cueva estaba situada en la base del acantilado, y esto explicaba que una explosión en aquel lugar lo hubiese hecho temblar de aquel modo, haciendo caer una cantidad considerable de rocas que sólo se mantenían inmóviles por las leyes de la estabilidad.

La separación de aquella estancia con la vecina había desaparecido por completo. Muchas piedras habían caído del techo, donde se notaban grandes grietas, y todo el material acumulado allí había sido destruido. El refugio no poseía paredes metálicas como había supuesto Geo al principio. Sus separaciones las constituían las mismas rocas, y el espesor de éstas había impedido el hundimiento total. Un verdadero milagro de equilibrio, que en aquellos momentos Geo no se entretuvo en analizar.

Le bastó darse cuenta de que las demás estancias del refugio no habían sido perjudicadas, salvo quizás el desprendimiento de alguna piedra o la abertura de alguna grieta.

Allí había también luz. Sin duda se había procedido a una rápida reparación provisional. Y un hombre se hallaba dedicado a recoger los elementos dispersos, para proceder a la reorganización del laboratorio.

Los frascos conteniendo líquidos aparecían aplastados, pero eran de cristal irrompible y se había podido salvar parte de su contenido. Fue todo lo que pudo apreciar Geo de una mirada.

Amy, no. Amy no estuvo para hacerse cargo de nada, pues apenas distinguió al hombre corrió hacia él, con los brazos abiertos y los ojos llenos de lágrimas.

—¡Tío! ¡Tío!

Archibald Finch la miró acercarse con absoluta indiferencia. Su rostro no revelaba la menor emoción.

—¡Tío! —repitió ella, estrechándole en sus brazos—. ¿Acaso no

me reconoces? ¡Soy Amy!

—Déjame —dijo él, entonces—. Tengo mucho trabajo. ¿No te das cuenta?

—¡Pero, tío! ¿Es así cómo me recibes? ¡He venido a buscarte! ¡A arrancarte de las manos de esos bandidos!

—No sé de qué bandidos me hablas, muchacha.

Amy, desolada, con los ojos soltando chorros de lágrimas, se volvió hacia Geo.

—¡Dios mío, Geo! —Sólo fue capaz de decir.

El joven avanzó a su vez. Lo mismo que Amy, no se explicaba aquel recibimiento.

—Señor Finch. ¿No sabe quiénes somos?

—No me importa. El jefe me ha ordenado que reorganice esto y he de obedecerle.

—Aquí ya no hay jefes, señor Finch.

—¡Tío! —exclamó una vez más Amy.

—Dejadme en paz —dijo el profesor—. Tengo trabajo. He de reorganizar cuanto antes el laboratorio.

—¿Es posible? —sollozó Amy—. ¿Es posible esto, Geo?

El periodista tuvo un siniestro presentimiento. Desde luego, aquella actitud de Archibald Finch no era natural. Tampoco se podía pensar que obrase coaccionado por el miedo, porque al menos aparentemente nada le amenazaba en aquellos momentos.

Observó aquellas apagadas pupilas, que parecían mirar sin ver a las personas que tenía delante. Vio el decaimiento general, la falta de voluntad, la anulación completa de la personalidad de Archibald Finch.

—¡Drogado! —dijo, dirigiéndose a Amy—. ¡Lo han drogado!

—¿Qué?

—Le han inyectado algo que le ha anulado la voluntad, muchacha. Tu tío es un autómata, una especie de robot sin voluntad propia, que se limita a obedecer las órdenes que le son dadas.

—¡Dios mío!

El profesor se había puesto a trabajar sin hacerles caso. Seguía organizando aquel destruido laboratorio, como si estuviera solo en él.

—¡Dios mío, Geo! —exclamó de nuevo Amy—. ¿Qué podemos hacer?

—Nada de momento. Hay que esperar que le pasen los efectos de la inyección.

—¿Y cuándo será esto?

—Depende de la intensidad de la misma. Pero tranquilízate, Amy. Tu tío se recobrará y volverá a ser como siempre. Los efectos de la droga son pasajeros.

—¡Ojalá sea así, Geo!

—Seguro, pequeña. Y esto confirma la inocencia de tu tío. Si lo han drogado es porque está aquí contra su voluntad.

—¿Y fue bajo los efectos de la droga que lo vimos sobre aquella roca, cuando estaba rodeado de hormigas?

Geo reflexionó unos momentos.

—Creo poder reconstruir los hechos, por lo menos en teoría —dijo, luego—. Es muy posible que los efectos de la primera inyección se hubiesen disipado y que tu tío hubiese recobrado su personalidad sin que los bandidos llegasen a enterarse.

—Y entonces huyó…

—Sí, pero antes hizo otra cosa. Sabemos que aquí al lado había explosivos, aunque ignoramos de qué potencia. No debía de ser mucha, ya que los efectos han sido relativamente débiles. El acantilado se conmovió a causa de la falta de unión de las rocas que lo constituyen, eso es todo.

—Pero ¿qué hizo tío Archibald?

—Él sabía sin duda que los explosivos estaban aquí —prosiguió Geo—. Al pasársele los efectos de la droga se dio cuenta de su situación y quiso escapar antes que los bandidos se diesen cuenta de nada. Penetró en la estancia de los explosivos. Los hizo estallar, escondiéndose él en alguna parte para no ser alcanzado, y luego, aprovechándose de la confusión, emprendió la fuga.

—¡Tan cerca como estuvo de conseguirlo! —dijo Amy—. De no haber sido por las hormigas…

—Sin duda él ignoraba que las hormigas habían sido soltadas. Pudo salir al exterior, y allí trató de orientarse. Vio nuestra nave. La identificó como contraria al «Señor del Universo» y su banda, e hizo señas para llamarnos la atención. Él podía acercarse impunemente porque las hormigas no le atacaban.

—¿Y por qué eso? Es lo más incomprensible. ¿Por qué las hormigas no atacan a la gente que se oculta aquí?

—Es la eterna pregunta, Amy. Nos la hubiera contestado aquel bandido al que interrogamos, pero lo tuve que matar antes. Es necesario que sigamos teniendo paciencia.

—Sí, Geo —contestó ella, con pena—. Confiemos que todo se aclarará y que tío Archibald volverá a ser el de antes.

—Esto sobre todo no lo dudes. Los bandidos lo cogieron sobre la roca, mientras yo atendía a tu desmayo, y le volvieron a inyectar la droga. No creo haberme apartado mucho de lo que sucedió en realidad.

Contemplaron una vez más al profesor, que seguía trabajando con la misma indiferencia. Amy hizo un esfuerzo para contener sus lágrimas.

—Lo llevaremos con nosotros, ¿verdad? —preguntó.

—Creo que no costará demasiado convencerle. Está bajo el influjo de la voluntad del «Amo del Universo», pero trataremos de sustituirla por la nuestra en su mente. Quédate a su lado, Amy. Háblale con suavidad. Empieza a decirle que le conviene dejar lo que está haciendo.

—¿Y tú?

—Recuerda que el refugio está aún por conquistar y que hay tres hombres en el mismo.

—¿No… no sabrán que estamos aquí?

—Lo ignoro. La lucha en el exterior se ha producido sin ruido. Tampoco lo hemos hecho al volar la puerta ni al entrar en las ruinas del laboratorio. Todo depende del sistema de control que tengan establecido.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo único posible. Arriesgarme. Avanzar hasta el departamento central y acabar con los hombres que se encuentren allí, incluido el «Señor del Universo».

—Entonces, te acompaño.

—No, Amy. Es necesario que te quedes al lado, de tu tío. Imponle tu presencia, que será un camino para imponerle tu voluntad. Así avanzaremos más aprisa. Debes comprenderlo, pequeña.

La valerosa joven tardó unos momentos en contestar:

—Está bien, me quedaré con mi tío. Pero si hay peligro, Geo…

El muchacho dijo:

—Si hay peligro lo burlaré como pueda. No te preocupes. Hasta ahora todo nos ha salido bien; recuerda todo lo pasado.

Y sin esperar la nueva respuesta de la joven, Geo abandonó el laboratorio para dirigirse hacia el pasillo central.

Deseaba terminar con los bandidos.

También una puerta cerraba el paso allí. Geo la empujó, por si se repetía la suerte del laboratorio, pero esta vez no tuvo éxito. La puerta se mantuvo perfectamente cerrada.

—Tendré que emplear de nuevo la «ganzúa» —murmuró, mientras apuntaba a la puerta con la pistola automática.

Iba a oprimir el disparador, cuando encima de la puerta, casi en el techo, se encendió una pantalla televisora que había pasado desapercibida al joven a causa de su prisa por entrar en la habitación.

Apareció en ella el rostro del «Señor del Universo». Aquel rostro que Geo creía conocer, pero que no podía acordarse, por más esfuerzos que hacía, de dónde lo había visto antes.

Sonreía, como la vez anterior. No acusaba la derrota de que había sido objeto.

El «Señor del Universo» dijo:

—¿Está ahí, Dawes?

—¿Eh? ¿De modo que lo sabe? —contestó el joven.

—Tengo controles que me permiten saber quién se dispone a entrar en mi habitación. No le extrañe.

—Ya no me extraña nada de usted.

—Piensa bien. Lo malo para usted es que está empezando a ser un peligro, Dawes.

—¿Acusa la derrota?

—Todavía no me ha derrotado. Si se refiere a la destrucción de las hormigas, eso no tiene la menor importancia. Puedo disponer de ellas a millones, ya se lo dije. Y el que se haya acabado con éstas no elimina el pánico en absoluto.

—Es lo que usted se figura, ¿no?

—Es la realidad, Dawes. La gente no sabe dónde descargaré mi próximo golpe. La Federación está sin Gobierno, y pronto estará sin Tribunal Supremo y sin jefes del Ejército y de la Policía. Tengo tomadas todas mis medidas. La gente, completamente desorganizada, sin nadie que les dirija, se entregará al pánico. Ni

siquiera se animarán a luchar contra las hormigas, que seguirán haciendo de las suyas.

—¿Y no se da cuenta de que todo esto es terriblemente criminal?

El «Señor del Universo» soltó la carcajada.

—¡Yo estoy muy por encima de tales consideraciones, Dawes! —dijo, luego—. ¡La gente ha de morir de todos modos! ¡Sólo yo los sobreviviré a todos!

—Le repito lo que le dije antes. ¡Usted está completamente loco!

El «Señor del Universo» se volvió a reír.

—¿Ha preparado el reportaje, tal como le encargué, Dawes? ¿Se pone a mi servicio?

—¡Ahora lo verá! —contestó el joven, indignado.

Y su índice se dobló sobre el disparador de la pistola atómica.

Una nube de humo impidió de momento ver la puerta. Cuando se hubo disipado, lo mismo que a la entrada del refugio, la puerta no estaba ya.

Dos enormes hormigas aparecieron en el hueco, abalanzándose sobre Geo, que se disponía a entrar.

—¡Cuidado, Geo! —gritó Amy desde el pasillo, detrás suyo—. ¡Cuidado!

Pero la advertencia no era necesaria. La pistola atómica funcionó dos veces más, sin dar tiempo a los insectos a alcanzar su presa, convirtiéndolos en humo lo mismo que la puerta.

—¿Estás aquí, Amy? —dijo Geo, sin volverse—. ¿Por qué has abandonado a tu tío?

Amy dijo:

—He oído voces y no he podido resistir la curiosidad. Ya sé que mi ayuda no te era necesaria…

—Siempre puede serlo, pequeña. Pero ¿qué haces?

Amy había llegado a su altura y se disponía a entrar en el despacho. Geo, al tiempo que hablaba, la contuvo cogiéndola por un brazo.

—¿Es que no quieres capturar a ese malvado, Geo?

—Tengo ahora más deseos que nunca. Pero como puedes ver desde la puerta, no está ya aquí. Sin duda hay una salida posterior de la que se olvidó hablarnos aquel tunante al que cogimos. Las hormigas sólo han servido para que el «Señor del Universo» y los dos hombres que seguramente estaban con él hayan podido evacuar

la estancia.

—Mayor motivo para que busquemos esa salida, Geo. No te reconozco, en esa pasividad.

—Es forzada, pequeña. Vas a ver… ¡Al suelo! ¡Al suelo a toda prisa!

La, hizo casi caer de bruces, con la presión de su brazo, mientras él se arrojaba también. Y en aquel mismo momento una fuerte explosión se produjo en el interior del despacho.

CAPÍTULO VI

a estancia se llenó de un humo negro, espeso, que se propagó también al pasillo e hizo toser a Geo y Amy que seguían tendidos en el suelo.

—Ya nos podemos levantar, pequeña —dijo él—. Ha pasado el peligro.

La joven estaba intensamente pálida.

—¿Cómo lo has podido adivinar?

—He presentido que algo había preparado el «Señor del Universo» aparte de las dos hormigas, que desde el primer momento ha comprendido que destruiría con mi pistola atómica.

—Pues has estado muy oportuno.

—Sí, Amy. He comprendido que sólo podía ser una granada explosiva y que ésta no podía tardar en estallar. No era lógico que el «Señor del Universo» se marchara sin lucha. No se ha querido arriesgar a un combate leal y ha preparado este nuevo crimen. Unos segundos más…

—Y no lo contaríamos —completó Amy.

—Bien, ahora podemos entrar en la estancia sin temor alguno.

Entraron. La luz se había apagado allí, pero la del pasillo les permitía ver bastante bien los efectos de la explosión. Habían caído algunas piedras del techo. La mesa y los mandos de la televisión estaban completamente destruidos. Pero en la estancia no había nada más, salvo una puerta cerrada en uno de los muros, que había recibido algunos impactos de metralla.

—Al «Señor del Universo» no le importa destruir este refugio, pues ya no lo piensa utilizar más. Ahora, en sus planes entrará atacar otras ciudades.

—Quizá le podríamos alcanzar, Geo.

—Lo dudo, pequeña, pero nada se pierde con probarlo.

De nuevo tuvo que hacer uso de su pistola atómica para abrirse paso. La puerta quedó volatilizada, dando acceso a un largo y estrecho pasadizo, que se había obstaculizado parcialmente con algunos desprendimientos cuando la conmoción del acantilado.

—No se ve gran cosa —dijo Geo—. Tendremos que emplear la linterna.

—No importa. Sigamos —opinó Amy.

Geo dijo:

—Estás muy interesada en la captura de ese bandido.

—Más que nunca, por lo que ha hecho a mi tío, Geo. Procuremos alcanzarle.

—Adelante, pues.

Y se metieron los dos por el pasadizo, que corría a través de la base del acantilado para ir a salir en el lado opuesto.

Franquearon los obstáculos como les fue posible, y por fin salieron al exterior, por la otra boca.

—Un puro viaje de placer —dijo Geo, una vez al otro lado—. Como puedes comprobar, no hay nadie aquí tampoco.

Amy señaló un turbomóvil que estaba volando lejos, cada vez más pequeño.

—¡Han huido! ¡Si tuviéramos nuestro turbomóvil en esta parte…!

—Tampoco les alcanzaríamos, Amy. Nos llevan mucha ventaja.

—Pero tendrán que aterrizar en un sitio u otro, ¿no?

—Sí. Sin duda donde les espera la nave. Pero el transbordo se

puede efectuar en segundos y tampoco conseguiríamos nada.

—Así, pues, hemos perdido la pista.

—Esto no, Amy. Porque sabemos adónde se dirigirán luego.

—¿Lo sabemos? —preguntó ella, mirándole con sorpresa—. Supongo que tú sí lo debes saber. Pero lo que es yo…

—¡Pero si no puede ser más sencillo; pequeña! El «Señor del Universo» se ha quedado sin hormigas. Y las necesita para imponer su terror en el nuevo punto que haya elegido. ¿Dónde supones que las ha de ir a buscar?

—¡Oh! ¿De modo que crees que se dirigirá a Júpiter?

—Apostaría mi mano derecha, Amy.

—Pero Júpiter es inmenso. No será fácil encontrarle allí.

—Ahora dispondremos de la ayuda de la policía. Hemos encontrado a tu tío, tenemos pruebas de su inocencia, y ya no hace falta que guardemos silencio.

Ella le contempló con admiración.

—Eres el hombre de las grandes ideas, Geo.

—No he hecho más que empezar —contestó él, con modestia—. El trabajo de periodista en el palacio presidencial me había aborregado un poco, pero ha bastado este estirón para que el cerebro se desentumeciera.

Se rieron los dos. Amy había recuperado su animación. Tenía a su tío ya, y sabía que el estado actual del profesor era pasajero y que no tardaría en volver a ser el mismo de siempre.

—Entonces —dijo la joven—, ahora vamos a regresar…

—Sí. Regresaremos a Base Uno, llevando a tu tío, e informaremos a la policía de todo.

—¿Y si nos preguntan por qué no hemos hablado antes?

—Diremos que sólo teníamos leves sospechas, sin base alguna. Que hemos esperado confirmarlas para hacer nuestra declaración. Después de todo, bastante hay de verdad en ello.

Se volvieron a meter en el pasadizo, para salir de nuevo al destrozado despacho del «Señor del Universo». Pasaron de allí a las ruinas del laboratorio, donde Archibald Finch estaba trabajando con la misma indiferencia de antes.

Al verle y a pesar de su convicción de que aquello era pasajero, Amy no pudo evitar que los ojos se le nublasen.

Geo se acercó al profesor, para preguntarle:

—¿Quiere decirnos quién es su jefe, señor Finch?

Archibald le miró con extrañeza.

—¿No lo sabe? Es el «Señor del Universo».

—Pero ¿cómo se llama?

—Yo no le conozco otro nombre. Sólo sé que le he de obedecer. Me ha ordenado que reconstruyera el laboratorio.

—Sí, pero no aquí, profesor.

Finch exclamó:

—¿Cómo?

—Le ha mandado que reorganizara el laboratorio de su casa, y nosotros le vamos a llevar a ella.

—No trate de engañarme.

—Son órdenes del jefe, profesor. Si se resiste, tendremos que emplear la fuerza.

—No soy hombre de violencias. Y si es orden del jefe, obedeceré.

—Una pregunta antes de marcharnos, profesor: ¿Cómo consiguen que las hormigas no les ataquen?

—El jefe no quiere que lo diga —contestó Finch.

—Pero ahora el jefe no está. Conteste a mi pregunta.

Los ojos del profesor parecieron animarse.

—¡No me hará hablar! —dijo—. ¡El jefe no lo quiere y no conseguirá usted que le diga nada!

Amy, impaciente y angustiada al mismo tiempo, intervino.

—¡Por favor, Geo! ¡No le violentes más!

—No, pequeña. Me doy cuenta de que la dosis ha sido un poco fuerte y tardará en recuperarse. Pero se recuperará de todos modos.

—¿Vamos, entonces?

—Espera un momento. No olvides que he sido estudiante de Biología. Y la vista de este destrozado laboratorio despierta mi curiosidad. Sólo te pido unos minutos.

Amy accedió a la petición.

* * *

Media hora más tarde, el turbomóvil tripulado por Geo, Amy y el profesor, solicitaba entrada en el recinto de Base Uno, que les fue concedida inmediatamente.

Geo condujo el aparato hasta la misma puerta de la Jefatura de Policía. Pudo comprobar al paso que Base Uno había recobrado por completo la normalidad. Algunas patrullas con armas atómicas recorrían las calles, pero la gente había vuelto a sus ocupaciones habituales como si nada hubiese sucedido.

El jefe de policía recibió al momento a los tres viajeros. Finch siguió a los otros dos, sin oponerse, pero lanzando constantes miradas de desconfianza por todas partes.

—No sabíamos qué le había sucedido, señor Dawes —dijo el jefe de policía—. Pero veo que alguien más va con ustedes. ¿Han recogido algún náufrago del aire?

—Algo peor, señor. No se trata de un náufrago, sino del profesor Archibald Finch, que había desaparecido misteriosamente de su domicilio en Nueva York.

—Recuerde algo de esto. ¿Y lo han encontrado aquí, en Marte?

—Sí. Es una historia un poco larga, pero es necesario que se la cuente, señor.

Y a continuación, Geo dio cuenta detallada de todo lo sucedido, callándose, sin embargo, el hecho de que Finch se dedicaba últimamente al estudio de las hormigas gigantes de Júpiter.

—Sin duda esos canallas querían aprovecharse de sus conocimientos —dijo el jefe de policía, cuando Geo hubo terminado su relato.

—Es lo que sospecho, señor. Por desgracia, el profesor está drogado y de momento no se le puede someter a interrogatorio.

—¿Quiere que lo interne en un hospital, aquí, en Base Uno?

—De todos modos, no se podría adelantar nada. Los efectos de la droga han de pasar de modo natural. Si no le importa, prefiero conservarlo a mi lado para tenerlo cerca tan pronto como se recupere.

—Está bien. ¿Y dice que esos canallas se han dirigido a Júpiter?

—Lo sospecho, señor. Es su campo de aprovisionamiento de hormigas gigantes. Las pueden cazar sin peligro, porque no les hacen nada.

—¿Y cómo se explica esto?

—Hemos intentado saberlo, pero la suerte no nos ha ayudado en este aspecto —contestó Geo, evasivamente.

—Bien; no tienen tiempo de haber llegado aún a Júpiter por

mucha que haya sido la prisa de esos bandidos. Voy a telegrafiar para que se controlen todas las naves que lleguen allí.

—¿Y qué harán cuando tengan a la que conduce al «Señor del Universo»?

—Detener a todos sus tripulantes, desde luego.

—¿Hay pruebas contra ellos? —preguntó Geo.

—¿Eh? —Hizo el jefe de policía, extrañado—. Sabemos que han soltado las hormigas contra nosotros…

—Sabemos que alguien ha soltado las hormigas. Pero únicamente la señorita Finch y yo hemos visto y hablado con el «Señor del Universo». ¿Qué pasará si nos desmiente?

—¡Hombre! No creo que se atreva a negar…

—Se negará —interrumpió Geo—. Es su único recurso y se aferrará a él. ¡Lástima que yo no pueda recordar dónde he visto antes el rostro de ese hombre!

—Pero si no les detenemos, volverán a hacer de las suyas —dijo el jefe de policía, volviendo a su tema—. Y esto no se lo debemos tolerar en modo alguno.

—¿Me permite que le haga una sugerencia, señor?

—Las que quiera, muchacho.

—Yo en su lugar dispondría que una vez localizada la nave e identificados sus tripulantes a través de la pantalla bajo cualquier excusa, la policía de Júpiter les dejase pasar sin el menor obstáculo, aunque siguiéndoles luego discretamente para que se supiera dónde van a aterrizar. Será la manera de cogerles con las manos en la masa, y entonces nos sobrarán pruebas para su castigo. ¿Qué le parece?

—Una idea excelente, señor Dawes. Voy a cursar el aviso inmediatamente. ¿Se quedan ustedes aquí?

—Creo que sobre todo la señorita Finch necesita un poco de descanso. Dormiremos en Marte. Y mañana emprenderemos el camino hacia Júpiter, dispuestos a dar el golpe final a esos bandidos con la colaboración de la policía de allí.

* * *

A pesar de su aparente calma y de su aspecto burlón, el «Señor del Universo» no las tenía todas consigo mientras navegaba en

dirección a Júpiter con sus cuatro hombres. Los dos que había llevado consigo y los dos que le esperaban en la nave. El turbomóvil había sido abandonado para emprender la marcha con mayor celeridad.

Pensaba en Geo Dawes.

—Debí haber acabado con ese periodista cuando tenía oportunidad —dijo a uno de los bandidos, que estaba con él en la cabina de mandos de la nave—. Si hubiésemos destruido su nave cuando hicimos la gran suelta de hormigas…

—Eso ya pasó, jefe —le animó el hombre—. Haga lo que haga, no nos podrá vencer.

—No porque las medidas que voy a tomar ahora serán terribles. ¡El próximo ataque lo efectuaremos en la misma Tierra! ¡Y no me moveré de Base Júpiter hasta que mi poder sea reconocido por la humanidad entera! ¡Entonces saldré para gobernar… para siempre!

Se había animado, en efecto. Pero, de pronto, volvió a ponerse serio como al principio.

—Sin embargo, me falta Finch —repuso.

—Lo volveremos a capturar, jefe.

—¡Hum! Claro que ya tengo todo lo que me hace falta, pero siempre pueden surgir imprevistos. Ahora, habiendo encontrado por fin en su casa la droga que anula la voluntad, le obligaba a hacer todo lo que me interesaba. No se rebelaba como al principio, que tuvimos que aplicarle unas fórmulas menos fuertes…

Calló para mirar el planeta Júpiter, el gigante del Sistema Solar y al mismo tiempo el menos colonizado, que estaba aumentando de tamaño por momentos en la pantalla de control de la nave.

—Pronto nos tendremos que preparar para entrar en órbita —dijo—. Después…

—Después nos iremos a la Base, donde nadie se atreverá a atacarnos —concluyó el hombre.

El «Señor del Universo» dijo:

—Tienes razón, Jack. La Base es inexpugnable. Allí estamos seguros. Geoffrey Dawes no podrá con nosotros aunque le acompañe todo un ejército. Me gustaría que viniese.

El hombre se rió.

—¡Un magnífico pasto para las hormigas! ¡Parece que la carne humana les gusta mucho!

En aquel momento se registró una llamarada en la pantalla de comunicación con el exterior. Atendió el «Señor del Universo», y en la pantalla apareció un hombre que vestía el uniforme de sargento de la policía del planeta.

—¿Se dirigen ustedes a Júpiter? —preguntó, sin más presentación.

—Desde luego, sargento. ¿Hay algún inconveniente?

—Ninguno, si no son ustedes los contrabandistas de uranio que estamos buscando.

El «Señor del Universo» sonrió. Había abrigado un momento de temor, pero éste quedaba superado por completo.

—¿Quién es usted? —preguntó el sargento.

—Mi nombre es Frank O'Hara y soy plantador en Júpiter. ¿Le muestro mi documentación?

—Póngala frente a la pantalla.

El «Señor del Universo» obedeció. Sabía ya que no le iban a poner ningún inconveniente.

—Bien —dijo el sargento, a los pocos momentos—. Está en regla. Puede continuar. ¿Cuántos hombres viajan con usted?

—Cuatro. ¿Quiere verlos? ¿O exhibo también sus documentaciones?

—No hace falta. No son ustedes a quiénes buscamos. Sigan.

—Gracias, sargento. Que tengan suerte en la captura de esos contrabandistas.

Momentos después, el falso Frank O'Hara entraba en la órbita de Júpiter. No supo que el sargento, empleando una emisora especial, cuya onda sólo era captada por quien poseía un receptor adecuado, advertía:

—¡Ésa es la nave! ¡Síganla a distancia sin llamar la atención! ¡Necesito saber dónde aterrizan y a dónde se dirigen luego los hombres que la tripulan!

El «Señor del Universo» continuó su camino sobre el cielo del gigantesco planeta, cuyo aspecto era completamente distinto del que acababa de abandonar. En Júpiter, al contrario de Marte, la vegetación era exuberante. Espesas selvas, con plantas de difícil clasificación pero gigantescas, lo invadían todo. Terribles fieras las

poblaban, y por los aires revoloteaban enormes aves de aspecto repulsivo. Todo era gigantesco allí.

Los humanos, sin embargo, habían conseguido abrirse camino a través de aquel mundo salvaje. Eligiendo los lugares menos peligrosos, se habían creado blancos en la selva y en ellos se habían levantado algunas ciudades, cuya vida no era menos activa que las del rocoso Marte.

Pero el «Señor del Universo» no dirigió su nave hacia ninguna de aquellas ciudades, sino que la llevó a uno de los lugares donde la selva era más impenetrable, a millares de kilómetros del sitio habitado más cercano.

La nave, después de buen rato de navegar, cruzó unas altísimas montañas completamente cubiertas de vegetación, para pasar, una vez al otro lado de las mismas, a un enorme valle por cuyo fondo transcurría un río cuyas aguas eran casi imposible de ver desde el aire a causa de la espesa vegetación, que se tocaba de una orilla a la otra.

Allí, cerca del río, la nave empezó a descender en vertical. Su mismo peso le abrió paso a través de las altas hierbas, y descendió entonces a un pequeño claro, muy reducido, en el que se levantaba una cabaña de troncos. Aquella cabaña era la Base; el refugio inexpugnable del «Señor del Universo».

La nave quedó disimulada entre las plantas, y unos hombres que salieron de la cabaña la acabaron de enmascarar, mientras los tripulantes descendían ya por la escalerilla.

El «Señor del Universo» había llegado a sus dominios provisionales: Los futuros, según sus sueños, los había de constituir el Sistema Solar entero.

Pero de momento, sólo era señor de las hormigas que habitaban el inmenso valle, formando una especie de alfombra que impedía ver el suelo y que obligaba a marchar con mucha precaución para no ser atropellado.

Había allí hormigas gigantes a millones. Ningún otro animal, por feroz que fuese, se atrevía a penetrar en aquel valle, porque tenía la completa seguridad de que sería completamente devorado. Sólo las fantásticas aves en las copas de los árboles, y el «Señor del Universo» y sus hombres en el suelo, se movían tranquilamente por allí.

No abrigaban el más mínimo temor. Y las hormigas, que cuando carecían de alimento se devoraban las unas a las otras, en terribles luchas, les respetaban a ellos por completo, lo mismo que respetaban a las plantas del valle, que no les servían de alimento.

El «Señor del Universo», una vez hubo abandonado la nave, se dirigió al despacho que tenía instalado en la cabaña. Un despacho provisto de emisora de televisión, pese a la rústica apariencia exterior de la cabaña.

Desde allí podía dar órdenes a sus secuaces de los diversos planetas, incluida la Tierra, para disponer que una hormiga gigante fuese colocada en casa de determinado personaje o para que se efectuase una suelta general contra determinada ciudad.

Se sentó a la mesa y pulsó los mandos de la emisora. Un personaje apareció en la pantalla casi inmediatamente, lo que quería decir que había una guardia constante.

—A sus órdenes, jefe.

—¿Cómo está el ambiente ahí, en la Tierra? —preguntó el «Señor del Universo».

—Caldeado, jefe. Desde luego, las elecciones no se efectuarán. Los candidatos tienen miedo, sobre todo después de lo que ha ocurrido en Marte, y se retiran. Nadie quiere presentarse.

El «Señor del Universo» sonrió.

—Y esto no es más que el principio —dijo—. La cosa marcha. He sido un tonto al asustarme por el momentáneo éxito de ese periodista. En realidad, no ha sido ningún éxito porque el pánico ha cundido.

—¿Cómo dice, jefe?

—Nada. Hablaba conmigo mismo. De modo que el ambiente está caldeado, pese a que no hemos hecho más que empezar, ¿eh?

—La gente está asustadísima. Se han vendido millones de armas atómicas, hasta el punto que se empieza a murmurar que todo ha sido un truco de los fabricantes.

El «Señor del Universo» volvió a sonreír.

—¡Magnífico! Para dentro de poco daremos el golpe definitivo. ¡Prepárense para la suelta de un millón de hormigas gigantes en la misma ciudad de Nueva York!

—¿Eh? ¡Será la hecatombe, jefe! ¡La victoria definitiva!

—Es lo que espero. Voy a cursar las órdenes aquí para que se

haga todo sin pérdida de tiempo. ¡Esperen órdenes mías! ¡La victoria final se acerca a pasos agigantados!

El «Señor del Universo» cortó la comunicación. Luego se levantó de la mesa, frotándose las manos muy satisfecho.

—He sido un tonto al preocuparme —murmuró—. Un verdadero tonto. La fruta esta madura y a punto de caer del árbol.

Llamó a uno de sus hombres.

—Que se proceda a la captura de varios centenares de hormigas hembra a punto de aovar —ordenó.

—Sí, jefe. Se empezará en seguida.

—Me conviene que mañana mismo salga la primera expedición de cincuenta en la nave.

—De acuerdo, jefe. Estarán disponibles. ¿Dónde han de ser enviadas esta vez? ¿O es indiscreta la pregunta?

—No lo es en modo alguno, muchacho —contestó el «Señor del Universo», de muy buen humor—. Han de ser enviadas a la Tierra.

Después de aquello, se retiró a descansar, seguro de que sus hombres cumplirían lo ordenado.

Los días, en los demás planetas, se contaban de acuerdo con la duración de la rotación de la Tierra y no con la del propio planeta donde se vivía. La humanidad estaba acostumbrada a los ciclos de veinticuatro horas terrestres, y efectuaba su cómputo del tiempo de acuerdo con él, en cualquier parte del universo donde se hallase. De modo que al día siguiente, o en lo que hubiera sido el día siguiente de la Tierra, después de un magnífico sueño, el «Señor del Universo» se levantó de mejor humor que nunca.

Pero uno de sus hombres acudió a su encuentro, con cierto aspecto de alarma en el rostro.

—¿Qué sucede, Bill? ¿No habéis encontrado todavía las hormigas que encargué ayer?

—No se trata de eso, jefe. Las hormigas están ya dispuestas para su expedición.

—Entonces, ¿qué ocurre?

—Varias naves de la policía están sobrevolando el valle, jefe.

—¿Eh? Buscarán a algún bandido y se habrán despistado.

—El caso es que no se apartan de aquí. No podremos elevar la nave, porque la descubrirán y correremos el peligro de que sepan que llevamos las hormigas.

—¡Esos idiotas nos van a fastidiar! Bueno, esperaremos que se marchen. Un día o dos de retraso no significa gran cosa.

Otro de los hombres se presentó en aquel momento.

—¡La pantalla, jefe! ¡Llaman!

—¿Quién?

—¡Los policías! ¡Insisten en querer hablar con Frank O'Hara!

—¡Maldición! ¡Que bajen a buscarme y verán lo que les espera! ¡Nadie puede atreverse a poner la planta en este valle!

—¿Qué contesto, jefe?

El «Señor del Universo» meditó unos momentos. Luego, dijo:

—Nada. Iré yo mismo. No me importa lo que hayan podido descubrir, He de seguir adelante a pesar de todo. ¡Tengo la victoria en la palma de la mano!

Se sentó frente a la emisora. El mismo sargento del día antes estaba en la pantalla, delante suyo.

—¿Qué hay ahora, sargento?

—Una irregularidad. Usted no puede habitar en este valle, porque sus plantaciones, según constan en los documentos, están en otra parte.

—¿Y eso qué tiene que ver? Tengo derecho a explorar un terreno que no es de nadie.

—Se equivoca, O'Hara. El control de las hormigas gigantes ha sido conferido al Estado después de los últimos acontecimientos. Elévese con su nave y abandone estos parajes.

—¿Qué? ¡Usted sueña, sargento!

—Si no se va, le echaremos por la fuerza.

Era lo que esperaba el «Señor del Universo» para lanzar su reto. Soltó una de sus habituales carcajadas, y dijo:

—De acuerdo. Vengan a sacarme pues. ¡Les espero!

Y cortó la comunicación. Estaba, seguro de que no se atreverían. Sólo con gran cantidad de bombas atómicas se podía efectuar una limpieza medianamente regular del valle, y esto no lo haría la policía de momento. Cuando se decidieran, sería demasiado tarde ya.

Salió fuera de la cabaña, y dijo a la media docena de hombres

que esperaban órdenes:

—No hagáis nada. Cuando se cansen de contemplar este panorama ya se marcharán.

Pero apenas había acabado de pronunciar estas palabras, cuando ocurrió algo. La maleza de la parte alta se apartó, para dejar paso a un hombre que se había lanzado en un paracaídas antigravitatorio.

Todos miraron con asombro en aquella dirección.

—¡Se lanzan, jefe! ¡Bajan a buscarnos!

—¿Vamos a coger las armas?

—¡No seáis locos! —gritó el «Señor del Universo»—. ¡No os mováis de aquí! ¡Cuando ese tipo haya tocado tierra presenciaréis un magnífico espectáculo! ¿Os habéis olvidado de las hormigas?

Con una sonrisa en los labios, miró al hombre que estaba descendiendo. Y de pronto, lo reconoció. Vio su rostro a través del casco de vacío que el hombre llevaba puesto, ya que la atmósfera de Júpiter, pese a la vegetación, lo hacía necesario. En la cabaña, los hombres sólo se lo quitaban para dormir, ya que las habitaciones se cerraban herméticamente y poseían aire acondicionado en su interior.

Soltó una especie de gruñido.

—¡Geoffrey Dawes! ¿Se ha vuelto usted loco o es que tiene ganas de suicidarse?

—¡Vengo a buscarle, «Señor del Universo»! ¡Su reinado se está terminando, pese a que no ha comenzado aún!

El «Señor del Universo» soltó la carcajada.

—No sabe dónde se ha metido, Dawes. Ni siquiera voy a buscar mi pistola. No la necesito. ¡Mire unos momentos a sus pies!

En el sitio donde iba a caer Geo abundaban las hormigas gigantes. Pero el periodista no manifestó la menor aprensión al verlas. Continuó su descenso, salvó los pocos metros que le faltaban ya para alcanzar el suelo, y apartando las hormigas que le estorbaban a puntapiés, se quedó allí plantado, desabrochándose a toda prisa las correas de su antigravitatorio.

¡Y las hormigas no se metieron con él! ¡Ante los atónitos ojos del «Señor del Universo», Geo Dawes se movió entre ellas con la mayor tranquilidad, sin ser molestado!

CAPÍTULO VII

irigiendose al «Señor del Universo» le dijo:

—¡He venido a buscarlo, Frank O'Hara! ¿No es éste el nombre que usa aquí, en Júpiter?

El «Señor del Universo» le estaba mirando ahora con ojos llenos de espanto.

—¡Traición! —gritó—. ¡Archibald Finch me ha traicionado! ¡Pero lo pagará!

—Por desgracia, el profesor sigue en el estado de atontamiento producido por la droga que le suministró usted. Todavía no se ha recuperado.

Pese a su pánico, el «Señor del Universo» no pude evitar una sonrisa sarcástica.

—La inventó él mismo —dijo—. Quería emplearla para poder estudiar con toda tranquilidad determinados animales muy fieros.

¡Y se la apliqué a él mismo! Fuimos a buscarla a su casa el día que usted nos sorprendió. Tuvimos que interrumpir la búsqueda a causa de su presencia, pero luego volvimos y dimos con ella.

—¿Cómo consiguió tanta información del profesor? No creo que se lo contara todo voluntariamente.

El «Señor del Universo» estaba mirando de reojo a sus hombres. Esperaba un momento de distracción de Geo para ordenar que se le echaran encima, y este momento lo hallaría perfectamente dándole conversación. No importaba que se enterase de algunas cosas que de todos modos no podría ya remediar.

—Yo seguí de cerca sus trabajos a través de la Academia de Ciencias Naturales —dijo—. Sabía en qué se ocupaba en todo momento. Lo de las hormigas gigantes fue una gran idea. Tuvimos que arriesgarnos para capturar las primeras porque entonces no poseíamos aún lo que usted sabe. Cogimos larvas y esperamos que llegasen a adultas. Luego telefoneamos al profesor diciéndole que su sobrina había sufrido un accidente. Acudió al momento y cayó en nuestro poder, como es natural. Aquel mismo día, horas más tarde, teníamos la vacuna. El profesor ha estado siempre convencido de que su sobrina estaba en nuestro poder. Tuvo que obedecernos bajo la amenaza de que la mataríamos. ¿Va comprendiendo?

—Comprendo lo infernal de su plan.

—Después, nos dijo que le dejáramos hablar con Amy. Como no nos era posible, se lo tuvimos que negar y entonces sospechó la verdad. Nos había comunicado lo de la droga, pero no la teníamos aún. No lo habíamos creído necesario. Tuvimos que aplicarle un suero corriente que no produjo demasiado efecto. Trató de escapar, haciendo estallar un artefacto en Marte, que por cierto fue muy beneficioso para ustedes. Entonces, en posesión ya de la droga, se la aplicamos definitivamente.

El «Señor del Universo» se interrumpió unos momentos. Luego, continuó, manifestando su asombro:

—Lo que no comprendo es cómo no estando recuperado el profesor tiene usted la vacuna…

—También yo voy a satisfacer su curiosidad —contestó, Geo—. Sepa que antes de ser periodista estudié biología y precisamente como alumno del profesor Finch. Tengo algunas ideas sobre ciertas cosas. El laboratorio que tenían ustedes en Marte despertó mi

curiosidad. Estudié algunos productos, y pronto comprendí la verdad. ¡La sangre o savia de las hormigas gigantes es la vacuna! ¡El hombre que se la pone se hace tan repelente a ellas, que en vez de apetecerles su carne huyen con repugnancia de su proximidad! ¡Ya ve que no soy demasiado tonto, «Señor del Universo»! ¿Le gusta que le llamen así?

—¡Me gustará más tenerle en mi poder! ¡No le matarán las hormigas, pero no por ello saldrán de aquí con vida! —Se volvió hacia sus hombres y ordenó—: ¡A él! ¡Pronto!

Los seis hombres se abalanzaron rápidos hacia Geo, tratando de inmovilizarle e impedirle que pudiera hacer uso de sus armas.

—¡Ya es nuestro, jefe!

—¡No tan pronto, bandidos! —gritó Geo.

De un formidable puntapié hizo rodar por el suelo a uno de sus atacantes. Un puñetazo a la boca del estómago hizo retroceder a otro, un tercero recibió un golpe de zurda en el hígado que le hizo retroceder momentáneamente, desentendiéndose de la lucha.

—¡Todavía no me tenéis, granujas!

Quedaban tres hombres. No se podían acobardar ante un soló enemigo, y no pensaron en abandonar el combate. Se lanzaron de nuevo a él con redoblada furia, pero Geo consiguió agarrar a uno por el brazo y, volteándolo con fuerza, le sirvió de proyectil para golpear a los otros dos.

Todos rodaron por el suelo.

—¡A él, a él, idiotas! —vociferaba el «Señor del Universo»—. ¡Es un hombre solo!

Se levantaron todos con mayor rapidez posible. Los seis, porque ninguno había recibido un golpe suficiente para quedar fuera de combate de modo definitivo.

—¡Su suerte no puede durar! —gritó el jefe.

En efecto, Geo había realizado un verdadero alarde de valor en aquella primera parte del combate. Pero era evidente que por mucha que fuese su fuerza y su agilidad no conseguiría deshacerse de seis hombres.

Llevaba las pistolas colgadas del cinto, y su empleo estaba más que justificado. Pero sus enemigos no le dieron tiempo a cogerlas, cayendo ahora en tromba sobre él.

Consiguieron derribarle.

—¡Con su propia pistola atómica! —gritó el «Señor del Universo»—. ¡Acabad cuanto antes con él!

Iban a obedecerle cuando ocurrió algo que, lógicamente, había de haber sido esperado desde el primer momento. Porque si Geo poseía la vacuna contra las hormigas gigantes de Júpiter, era natural que los que estaban con él la poseyeran también.

Las ramas altas se apartaron para dejar paso a varios hombres que descendían. Varios hombres que vestían el uniforme de la policía del planeta, y al frente de los cuales iba el propio sargento que había intimado al «Señor del Universo» a la rendición.

Uno de los atacantes de Geo se dio cuenta, y lanzó la voz de alarma a sus compañeros:

—¡La policía! ¡Están descendiendo!

El periodista fue soltado inmediatamente.

—¡Estamos perdidos! ¡Nos van a coger!

—¡Internémonos en la selva!

No se hicieron repetir la sugerencia, lanzada por uno de ellos. Los seis hombres se dispersaron, desapareciendo entre la espesura, mientras los policías acababan de llegar al suelo.

El sargento tomó disposiciones rápidas.

—¡Divídanse en varios grupos y disparen a matar si no se entregan a la primera orden! ¡Son criminales reclamados por la ley y no se han de tener consideraciones con ellos!

Los policías desaparecieron a toda prisa también, con las armas atómicas empuñadas. Las hormigas gigantes ya no constituían ninguna defensa para la gente del «Señor del Universo». Se movían como mansos corderos, y lo que hacían en realidad era obstaculizar la marcha de los perseguidos. De aliados se convertían en enemigos.

El «Señor del Universo» vio también su salvación en la fuga. Pero él no pensó en internarse en el bosque como habían hecho sus hombres. Comprendió que hacer aquello significaba correr a la perdición.

Se había quedado solo frente a Geo, una vez hubieron desaparecido los policías.

—Espectacular, ¿no? —dijo el periodista sonriendo—. Pedí al sargento que me dejase saltar solo primero, para que hiciera más bonito.

—Es usted muy listo, Dawes.

—Más de lo que se figura, modestia aparte. Los policías se lanzaron tan pronto se dieron cuenta de que estábamos luchando. ¡No tiene escapatoria, «Señor del Universo»! ¡Sus dominios se están volviendo contra usted! ¡No le quieren por rey!

Y avanzó para echarle mano.

—Estoy al lado de la ley y obro en su nombre. No se resista, porque sería peor.

Era lo que el «Señor del Universo» estaba esperando. Fingió abatimiento. Agachó la cabeza.

—Me rindo —dijo.

Dejó que Geo se acercara a él. Y entonces reaccionó con furia. Se lanzó de pronto contra su cuerpo, empujándole con violencia. Y lo hizo rodar por el suelo sin darle tiempo a reaccionar.

Pero no continuó la lucha. No tuvo valor para intentar sacar ventaja de aquella primera fase que le había sido tan favorable. Su idea estaba puesta en la fuga y en la nave que tenía a pocos pasos de allí.

Corrió hacia ella, soltando una feroz carcajada.

—¡Todavía no se ha jugado la última baza de la partida, Dawes! —exclamó.

Trepó con ligereza por la escalerilla mientras Geo se levantaba torpemente. El joven corrió hacia la nave, pero repitiéndose lo ocurrido en Marte, ésta se empezó a elevar ante sus propias narices.

El «Señor del Universo» había conseguido fugarse.

Pero arriba esperaban otras naves. En su fiebre por huir no había contado con ellas. Le vieron, e inmediatamente iniciaron su persecución. Su nave estaba todavía en la vertical del valle, cuando recibió el primer impacto.

El primero y el último, porque la nave, roto el timón y arrancados los tubos reactores de popa, no pudo continuar su viaje y el «Señor del Universo» tuvo que acudir a toda su pericia como piloto para no caer estrepitosamente.

La nave tocó el suelo por fin, aplastando algunas hormigas que ya no servían para nada. Había ido a caer a un par de centenares de metros de la cabaña. Podía dejarla allí, emprendiendo la fuga a pie, con bastante ventaja sobre sus enemigos.

Pero el «Señor del Universo» sabía que aquello no era posible. El valle, las montañas y la selva eran inmensos. Y nada de lo que se

producía allí era apto para servir de alimento a un ser humano. La población más cercana estaba a algunos millares de kilómetros. Quedarse en la nave significaba caer en manos de sus enemigos. ¡Pero huir de ella significaba la muerte por hambre!

El «Señor del Universo» conoció la desesperación. La más terrible de las angustias.

—No puedo hacer nada. ¡Nada! —murmuró—. ¡Estoy definitivamente perdido!

Observó que la pantalla de televisión registraba una llamada. La atendió, y pudo ver el rostro sonriente de Geo reflejado en ella.

—Le hablo desde la emisora de su casa, «Señor del Universo» —le dijo.

—¿Qué quieres de mí?

—Muy poca cosa. Sólo comunicarle que le he dejado escapar… para llevarle a esto.

—¿Me ha dejado escapar?

—Sí, aunque no lo crea. Yo también tengo mis propios planes. Cuando me empujó usted hubiera podido resistir, pero preferí hacer ver que me vencía. También le hubiese podido dar alcance antes que usted llegara a la puerta de la nave.

—¿Y por qué no lo ha hecho?

—Ya le he dicho que tengo mis propios planes. Me convenía tenerlo aquí en la nave, prisionero. Pero con la nave inutilizada y vigilado, para que no se pudiera mover.

—¿Con qué fin? ¿Quiere hacerme morir de hambre?

—Supongo que tendría que esperar demasiado. En las naves suele haber reserva de comida por bastante tiempo. Lástima que no se la pueda uno llevar toda encima, ¿verdad?

—No se burle. No es noble.

—Claro que no. Lo noble es lo que hace usted. Lanzar las hormigas para que devoren a la gente.

—En definitiva, ¿qué quiere de mí?

—Esperar que pase el tiempo. Pero no hasta que haya muerto de hambre. Confío que sea bastante menos. Quizá un día. Tal vez sólo unas horas o minutos, no lo he podido calcular bien.

—No le comprendo.

—Me explicaré mejor, «Señor del Universo». ¿O prefiere que le llame por su otro nombre?

—Me da lo mismo. Llámeme Frank O’Hara si lo prefiere.

—No me refiero a este nombre tampoco. Su rostro me pareció conocido desde el primer momento que le vi, pero me costó bastante descubrir la verdad. Cincuenta años menos, las gafas y algunos arreglos estéticos modifican bastante una fisonomía.

—¿Eh?

—Sí, esto es lo que le he dicho. ¡Cuando yo le conocí a usted no se llamaba Frank O’Hara ni «Señor del Universo»! ¡SE LLAMABA CYRUS BRUNNER Y ERA PRESIDENTE DE LA FEDERACIÓN PLANETARIA! ¡UNA PRESIDENCIA QUE HABÍA DURADO TREINTA AÑOS Y QUE LE PESABA ABANDONAR!

—¡Maldición!

—¡Debió usted haberme matado el primer día, señor Brunner! ¡Es en mi habitación donde debió haber puesto la primera hormiga gigante y no en la del Vicepresidente!

—¡Si pudiera hacerlo ahora! ¿Cómo… cómo ha podido descubrir esto también?

—Ya le he dicho que fui estudiante de biología. El profesor Finch trabajaba en dos cosas a la vez, y usted lo sabía, a través de la Academia de Ciencias Naturales. Una era la vida de las hormigas gigantes de Júpiter. ¡Pero la otra era el rejuvenecimiento de las células y tejidos del cuerpo humano!

—¡Esto es demasiado!

—¡Sí, señor Brunner! ¡Usted no aceptaba dos cosas! ¡Envejecer y abandonar la presidencia, según prescribía la Constitución! ¡Treinta años de mandato eran un hábito! ¡Y usted era ya demasiado viejo para abandonarlo, para aceptar convertirse en un ciudadano particular! ¡Bajo su capa de afabilidad existía un terrible afán de poder! ¡Y quiso convertirse en el dueño absoluto y para siempre!

Brunner no dijo nada esta vez. Estaba aterrado, agobiado por las razones de Geo.

Éste prosiguió:

—Supo entonces que Finch estudiaba el suero de rejuvenecimiento. Y esto le dio la gran idea. ¡Sería joven! ¡Joven a perpetuidad y además sería el amo absoluto! No le costó encontrar

secuaces que, bien pagados, le ofrecieran obediencia absoluta.

Cyrus Brunner estalló por fin:

—¡Está bien! ¡Sí, fui yo! ¡Yo he planeado todo esto! ¡La vida me había brindado todo lo deseable: juventud, poder, riqueza, pero al final me hacía víctima de una horrenda estafa arrebatándomelo todo!

¡Perdía el mando y me convertía en un viejo, casi en un inválido! ¡Reaccioné contra ello! ¡Tenía derecho a hacerlo!

—Usted no tenía ni más ni menos que sus semejantes, Brunner. Todos hemos de envejecer. Dios lo ha dispuesto así, porque después de esta vida nos brinda otra, en la que hemos de encontrar la recompensa o el castigo.

—No… no reflexioné sobre esto, Dawes.

—Ya lo sé. Prefirió iniciar una cadena de horrorosos crímenes. Empezó por hacer estallar la nave presidencial. ¿Cómo se las arregló para escapar de ella?

—No importa que lo sepa ya. Coloqué una bomba soporífera, que los durmió a todos. Me lancé entonces en paracaídas antigravitator: Yo había evitado los efectos del gas mediante un casco de vacío, sólo en mi departamento. Pedí que no me molestaran.

—Más o menos como lo había imaginado yo.

—A aquella altura no se podía apreciar mi lanzamiento. Dejé la bomba atómica con la espoleta retardada para que estallase pocos minutos después. Murieron sin sufrir. Sin darse cuenta de nada.

—Y los devorados por las hormigas, ¿tampoco sufrieron?

—¡No me recuerde eso, Dawes!

—Bien, Brunner. El tiempo va pasando ya, la hora calculada se acerca por momentos.

—¿Qué hora? Todavía no comprendo esto.

—Ya le he dicho antes que los humanos no podemos burlar las Leyes de Dios, Brunner. El profesor Finch creó el suero rejuvenecedor, pero sólo con efectos temporales y para finalidades médicas. Tal vez él no le habló de ello para no irritarle.

—¿Qué…, quiere decir?

—¡Que está próximo el momento en que vuelva a su verdadera apariencia y a sus ochenta años, Cyrus Brunner!

—¿Esto también?

Geo afirmó:

—Sí. Me llevé algunas anotaciones del profesor y he podido llegar a esta conclusión estudiándolas por el camino. Necesitaba decírselo, Brunner. Ahora que ya lo sabe todo, si quiere, no asistiré a su envejecimiento. Cortaré púdicamente la conversación.

—¡Corte! ¡Corte de una vez, maldito! ¡Déjeme solo!

—Le complazco. Mañana, o pasado, cuando el señor Cyrus Brunner haya recobrado su verdadera personalidad, la policía de Júpiter aterrizará para detenerle. ¡Hasta dentro de poco, Cyrus Brunner!

Y Geo cortó la comunicación.

Brunner se quedó aterrado, mirando a la pantalla que ya no reflejaba nada. ¡Lo había perdido todo! ¡Su soñado poderío y la juventud fugaz que había creído conquistar para siempre! ¡No disponía de nuevo suero, y ahora creía adivinar que su empleo sólo se podía efectuar una vez con eficacia!

Se quedó un rato pensativo, inmóvil, sentado frente a la pantalla. ¡Todo se hundía ante él!

De pronto, no supo cuánto tiempo había transcurrido, sintió una sensación extraña en su cuerpo. Le acometió una especie de calambre que le hacía temblar continuamente. Se miró las manos. Vio la piel arrugada, propia de un hombre de ochenta años.

¡La edad que él tenía en realidad!

El temblor desapareció por fin. Brunner se puso lentamente en pie y fue a contemplar su rostro ante un espejo. Vio a un hombre de ochenta años, con el cabello completamente blanco. ¡Vio al antiguo Presidente de la Federación Planetaria!

—¡Malditos! —gritó—. ¡Malditos traidores! ¡Me han engañado! ¡He sido estafado una vez más!

Ahora sí que todo estaba perdido definitivamente.

—Pero escaparé —murmuró—. ¡No me tendrán!

Sabía la suerte que le esperaba si le cogían. Y entonces pensó que lo hubiera dado todo por no tenerla que sufrir. La pérdida del mando, la ancianidad… ¡todo esto era perfectamente soportable!

¡Ahora se tendría que enfrentar con una pena de muerte y con su ejecución!

—¡No me tendrán! —repitió.

Huiría. En la nave había comida, después de todo. Cargaría con

toda la que le fuese posible y, economizándola, estaba seguro de poder llegar lejos. Y tal vez encontraría una nave, algo con que poder escapar de Júpiter y de su terrible suerte.

Se dejaría crecer la barba. Haría lo que fuese por desfigurarse. ¡Pero no le atraparían jamás!

Preparó un gran paquete de comida. Eran en su mayor parte comprimidos sintéticos, que le permitirían prolongarlos por más tiempo con menos peso que transportar.

Las naves quizá le vigilaban desde arriba, pero le sería fácil esconderse en la espesura. No tenía nada que temer de las hormigas, y en aquel valle no había ningún otro animal.

Por fin, lo tuvo todo preparado. Se asomó a la portezuela de la nave. Miró hacia arriba, pero la espesa vegetación no le permitía ver el firmamento.

No era posible que le viesen ellos tampoco. Además, era su única probabilidad y se tenía que arriesgar.

Desde arriba, arrojó el paquete al suelo. Cayó sobre una hormiga, pero ésta se apartó en seguida. A las hormigas no les interesaban los alimentos sintéticos.

Luego, bajó él por la escalerilla. Con mucho cuidado, porque ahora volvía a ser un anciano de ochenta años.

Consiguió llegar al suelo sin el menor percance. Vio que varias hormigas se acercaban rápidas a él, pero no les hizo el menor caso. Las despreciaba.

Pero las hormigas no le despreciaron a él. Las patas delanteras de una de ellas le rodearon de pronto.

—¡Eh! —gritó—. ¡Sólo faltaría…! ¡Fuera de aquí, sanguijuelas!

Y entonces vio con horror toda la realidad. ¡La hormiga acercaba sus poderosas mandíbulas a su cuerpo para devorarle!

Gritó horrorizado al sentir que los dientes se clavaban en su carne. Otra de las hormigas quiso participar también en el festín y le mordió en las piernas. ¡Le estaban devorando vivo!

Intervino la tercera hormiga, y empezaron a luchar las tres por sus despojos. Brunner sintió el más terrible de los horrores. El de la muerte. El que había querido evitar a costa de las vidas de tantas personas. ¡El de la más terrible de las muertes, al sentir que la carne le era arrancada del cuerpo a pedazos!

Vio los trozos sanguinolentos entre las mandíbulas de las

hormigas. Luego, no pudo resistir más y quedó desvanecido mientras los tres insectos, al parecer puestos de acuerdo, continuaban el festín.

Cuando llegaron los policías, que a pesar de todo le habían visto, de Cyrus Brunner no quedaba más que un esqueleto absolutamente despojado.

Geo Dawes, advertido, se presentó poco después. Contempló con pena aquellos despojos.

—Yo no quería llegar a esto —murmuró—. No se lo hubiese querido hacer sufrir a ningún precio. Pero me olvide de advertirle algo. Lo siento de todo corazón.

—¿Qué se le olvidó, señor Dawes? —preguntó el sargento.

Geo dijo:

—Tenía que decirle que al modificarse sus tejidos, al volver a la ancianidad, la antigua vacuna tenía que ser renovada. El cambio experimentado por su cuerpo era total y la vacuna puesta con anterioridad no le haría ningún efecto.

Todos siguieron contemplando el esqueleto en silencio. Nadie se atrevió a decir más. Cyrus Brunner había pagado y ningún mortal estaba autorizado para pedirle cuentas ya.

—¿Nos vamos? —preguntó el sargento, al cabo de unos minutos.

—Supongo que nada nos queda que hacer aquí, ¿verdad?

—Los secuaces de Brunner han sido capturados ya y los hemos trasladado a una de las naves.

—Pues vamos. No quiero ver nunca más este valle ni sus horribles hormigas gigantes.

Minutos más tarde, la escuadrilla de la policía se alejaba definitivamente de aquellos alrededores.

* * *

Geo Dawes no se presentó en la redacción del «Monitor» hasta pasada una semana. El redactor-jefe, Murphy, le esperaba con los dientes afilados para caer sobre él.

—¿Es ésta la forma de cumplir sus compromisos, Dawes? —le espetó—. ¿Adónde se ha figurado que ha ido? ¿A tomarse unas vacaciones?

—No han sido unas vacaciones, jefe.

—Pues lo han parecido. ¿Sabe usted que toda la prensa de Nueva York y del mundo ha explicado ya la historia de las hormigas gigantes? ¡Hemos hecho el ridículo! ¡Nosotros, teniendo un enviado especial, hemos tenido que recortar lo que publicaban los otros!

—Lo siento, jefe.

—Ésta no es manera de hablar. Dígame por lo menos que, aunque tarde, viene con algo sensacional. Con algo que los demás periódicos no han podido ni soñar.

—Podría hacerlo, en efecto.

—¿Pues qué espera? ¡Póngase inmediatamente a escribir! ¡Reservaré la primera página para usted!

—No la reserve. No pienso escribir ni una sola palabra de mi viaje ni de lo que me ha sucedido en él.

—¿Será capaz?

—Sí, señor Murphy. Usted ve las cosas desde un punto muy distinto al mío. Ha muerto mucha gente. Han ocurrido muertes horrorosas, indescriptibles, por encubiertos y sucios afanes; han tenido lugar también castigos terribles. ¡Pero para usted todo es cuestión de negocio! ¡Usted sólo lo mira desde el punto de vista de un aumento de tirada!

—Pues, ¿por qué cree que estoy aquí?

—Supongo que para eso.

—Exacto, Dawes. Y si no le conviene ya sabe lo que ha de hacer.

—Sí, dejar el periódico. A eso vengo.

—¿Qué…?

—He dicho que me voy.

—¡Oiga, Dawes! ¡Espero que no haya tomado es serio mis palabras!

—Y yo espero que usted haya tomado en serio la mías. Me voy. Dejo el trabajo de periodista.

—Como quiera. No le puedo obligar por la fuerza quedarse.

—No, señor Murphy. Con sinceridad, nunca ha sido mi verdadera vocación. Durante este viaje he visto que renacían mis antiguas aficiones a la biología. Voy a trabajar junto a mi tío político, el profesor Finch.

Murphy preguntó:

—¿Cómo? ¿Se ha casado?

—Me voy a casar. Amy deja también el periodismo.

Trabajaremos los tres procurando hacer el mayor bien a la humanidad. Y procurando al mismo tiempo que nadie se aproveche de nuestros descubrimientos para servir al mal.

Geo tendió la mano.

—Es mi última palabra, jefe. Al lado del profesor Finch terminaré mi carrera, y mientras podré ir defendiéndome ya ayudándole en sus trabajos. Tenemos muchos planes en perspectiva.

—Se decía que Finch había perdido la memoria o algo por el estilo.

—Ya está completamente bien. Puede publicado si quiere.

—¡Bah! No va a interesar a nadie.

—Se equivoca, señor Murphy. Va a interesar a tres personas. A él mismo, a mi futura esposa y a mí.

La entrevista se prolongaba más de lo que estaba deseando una personita que esperaba fuera. Se oyeron unos golpecitos en la puerta.

—¿Vienes de una vez, querido?

—Sí, amor mío. He terminado ya.

Estrechó la mano de Murphy y salió a toda prisa.

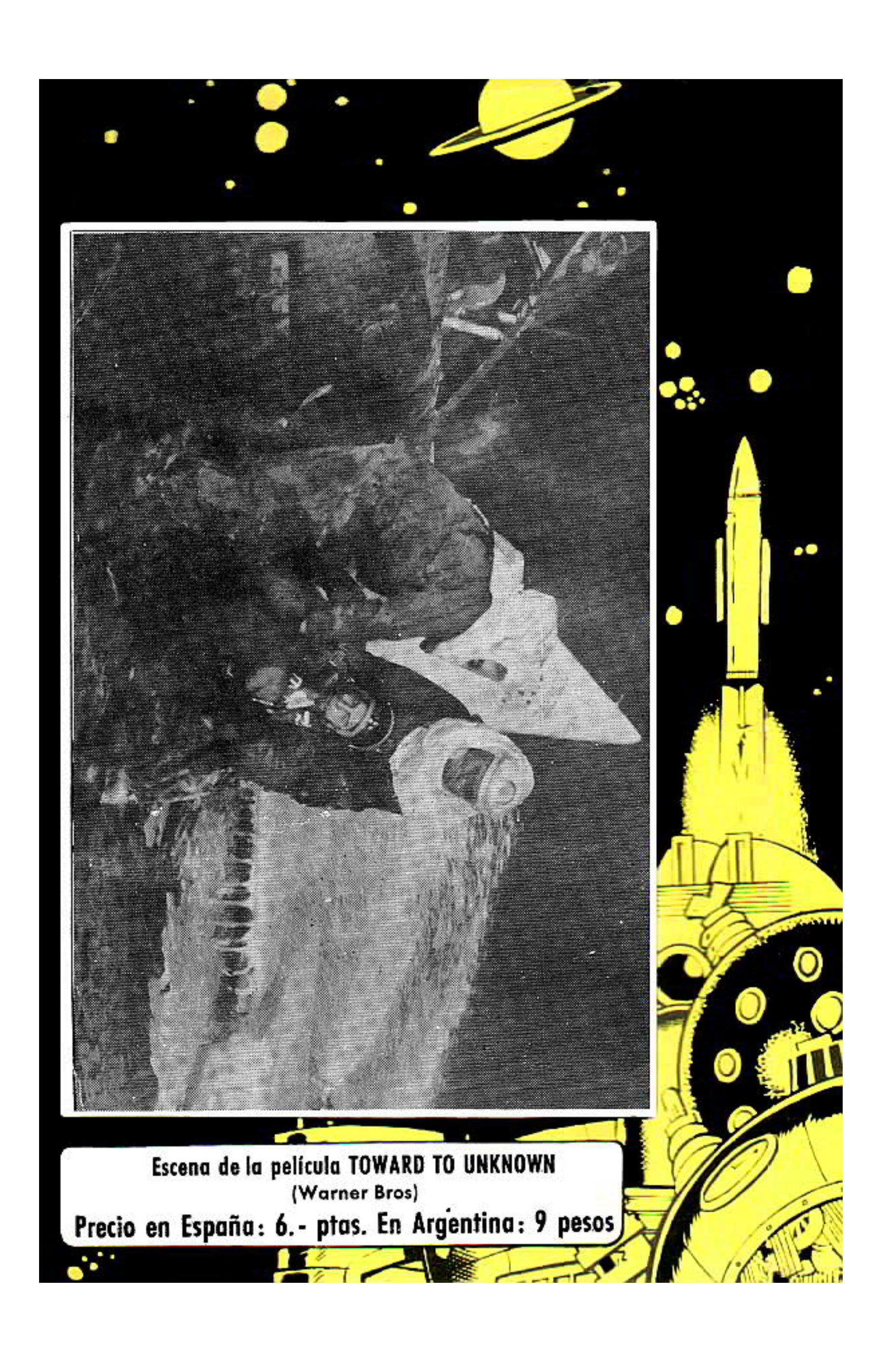
El jefe de redacción se encogió de hombros, mirando cómo se marchaba del brazo de Amy.

—Esa chiquilla me lo ha vuelto idiota por completo —murmuró —. Después de todo, es mejor que se haya marchado.

Luego, pasando a otro asunto, repuso:

—Bueno, ¿y con qué lleno yo la primera página del número de mañana? ¡En estos malditos tiempos ya no sucede nada que valga un poco la pena!





Escena de la película TOWARD TO UNKNOWN
(Warner Bros)

Precio en España: 6.- ptas. En Argentina: 9 pesos



Salvador Dulcet Altés (Nace en Reus en 1914, muere en Barcelona en 1987) fue un guionista y traductor de cómics que también quiso probar suerte de manera ocasional en el mundo de la literatura popular, desconozco si por algún tipo de reto personal o, como es más probable, para obtener unos ingresos extra adicionales. Aparte de con el nombre de S.
D. Haltés
Falmor, y de otra única novela («El átomo juega su baza») con la que pasará a la historia por haber inaugurado la colección de Espacio Toray, firmó también como Jean de Luz obras como «Hacia la muerte con amor» o «Doña Jimena» entre otras, y sobre todo como Roy Silverton, seudónimo que empleó habitualmente en la colección Espacio Toray, y en el género del Oeste y bélico.

Como Roy Silverton escribió 11 títulos de la colección espacio Toray, un buen número de novelas del género bélico en las colecciones Hazañas bélicas y Relatos de Guerra, y algunas novelas del oeste en diversas colecciones (Oeste Ilustrado, Salvaje Oeste, Rutas del Oeste, etc) casi siempre dentro de la editorial Toray.

Como guionista de cómics, de larga trayectoria, destaca su labor en las colecciones «Aventuras de capa negra», «El pequeño grumete», o «Los hijos de Visnú», entre otras muchas.

De su labor como traductor hay que agradecerle que de su puño y letra salieron, entre otras cosas, gran parte de las traducciones al castellano de los superhéroe marvel publicados por la editorial vértice. Las veces que habré leído y releído esos cómics.

Dentro del género bélico y del Oeste escribió un buen número de novelas con el seudónimo de Roy Silverton, y en el policiaco participó en varios títulos de la colección Brigada Secreta de Toray (la que tenía formato de revista), con su propio nombre.

También escribió varios libros de biografías con su propio nombre dentro de la colección «Hombres famosos» de Toray (Alejandro Magno, Marco Polo y Goya, entre otros).